

PUNTO
ROJO

fórmula para matar

clark carrados





CLARK CARRADOS

FORMULA PARA MATAR

Colección PUNTO

ROJO n.º 144

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 30454 - 1964

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero 1965

© CLARK CARRADOS - 1965
sobre el texto literario

© JOSE CURTIELLA - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6941/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

889. — El revólver en la mano.

En Colección SERVICIO SECRETO:

746. — La mujer y el diablo.

En Colección BUFALO:

582. — Contratado para matar.

En Colección CALIFORNIA:

431. — El emisario de hierro.

En Colección COLORADO:

363. — Una estrella sin mancha.

En Colección KANSAS:

330. — Signo: ¡Muerte!

En Colección BRAVO OESTE:

199. — El fuego de la venganza.

En Colección PUNTO ROJO:

139. — La posada del diablo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

444. — El país de los tiros.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

115. — ¡Señores del Jurado!

En Colección ARCHIVO SECRETO:

41. — Tentáculos de muerte.

En Colección ASES DEL OESTE:

290. — Permiso para matar.

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha avanzaba con paso rápido y nervioso a través del largo corredor, poblado de gente que iba y venía a sus quehaceres. Era alta, esbelta, de líneas finas, pero compactas, y vestía con sencillez, que aumentaba más todavía la elegancia de su atavío. En la mano derecha llevaba un gran bolso de cuero marrón, imitación de cocodrilo, cuyas asas sujetaba con fuerza, como temerosa de que fueran a quitárselo en cualquier momento.

Tenía los cabellos oscuros, con vetas rojizas, que resplandecían cuando las luces del techo incidían sobre ellos. Estaban cortados en una frondosa melena a lo paje y, cada vez que ella volvía la cabeza, se agitaban con fuerza.

Aunque era de día, las lámparas del corredor estaban encendidas, proporcionando una brillante iluminación que no tenía nada que envidiar a la del exterior. El corredor era uno de los numerosos que había en aquel edificio comercial y, por razón de la finalidad específica a que había sido destinado, estaba casi tan concurrido como la calle a la hora del bocadillo del mediodía.

Kathy Felton divisó de pronto algo que hizo acelerar no solo su paso, sino los latidos de su corazón. Al fondo, a lo lejos, acababa de divisar las siluetas de los dos hombres que la perseguían.

El corredor doblaba bruscamente hacia la derecha. Kathy siguió andando sin vacilar. De pronto, se detuvo.

El corredor terminaba allí, en un ramal ciego, corto, de menos de cinco metros de largo. Una de las puertas indicaba que estaba destinada a los servicios del edificio y en ella había un rótulo que prohibía la entrada al personal ajeno a la administración. A Kathy, en aquellos momentos, las prohibiciones la tenían sin cuidado, así que se fue hacia la puerta y probó de abrirla.

Estaba cerrada con llave. Girando en redondo, miró hacia la puerta del lado opuesto.

Había un rótulo sobre la misma:

MORGAN ELLIER

Analista

¡Entre!

Kathy Felton dio un paso. De pronto, se detuvo, como si acabase de recordar algo.

Abrió el bolso, sacó un pañuelito y lo dejó caer al pie de la puerta de

servicios. Sabía que el detalle despistaría a los dos sabuesos que la perseguían.

Cruzó el pasillo, abrió la otra puerta y cruzó el umbral. Una voz masculina llegó en aquellos momentos a sus oídos.

Atravesó el pequeño recibidor, sin recepcionista que le preguntase por sus motivos, y se asomó a la puerta siguiente, en donde divisó un despacho sobriamente amueblado, aunque no con pobreza, y en él a un hombre.

La muchacha se extrañó de que el hombre estuviese hablando solo. Era un sujeto joven, de anchos hombros y cabellos cortos y crespos, de intenso color negro. Estaba en mangas de camisa y no pudo distinguir más detalles de su fisonomía, porque en aquel momento le volvía las espaldas.

Kathy frunció el ceño al darse cuenta de que el hombre hablaba solo. Bien pronto, sin embargo, se percató de que tenía en la mano el micrófono de una grabadora automática.

En cuanto a las acciones del hombre, considerado aisladamente, pero, al mismo tiempo, como miembro de una comunidad de mayor o menor densidad demográfica, es preciso evaluarlas en función de las circunstancias de todo orden que concurren en las mismas, para luego proceder a un análisis severo, pero sereno, implacable, aunque también objetivo y, en todos los casos, llegar a un grado exhaustivo que nos diga...

A Kathy aquellas frases le sonaban poco menos que a chino. De pronto, vio que el hombre movía la mano, como invitándola a pasar, a la vez que le señalaba un sillón que había a su derecha.

Era evidente que quería terminar aquel dictado antes de enfrentarse con ella. Kathy obedeció la indicación y dio dos pasos.

Pero no se sentó en el sillón. Para hacerlo, tenía que pasar exactamente a un paso de la espalda del hombre, que dedujo debía ser el Morgan Ellier que indicaba el rótulo de la puerta.

Kathy abrió el bolso y sacó un pequeño revólver, que sopesó en la mano durante un segundo. Luego, con gesto brusco y resuelto, golpeó la nuca del joven.

Morgan Ellier lanzó un gruñido. A continuación, sus rodillas se doblaron y cayó al suelo, quedando hecho un ovillo al pie de la mesa.

—¡Que Dios me perdone! —musitó la muchacha, a la vez que se arrodillaba junto al caído.

Le tomó el pulso. El corazón le latía normalmente. Comprendió que Ellier despertaría pasados algunos minutos.

Sin embargo, tenía tiempo más que suficiente para hacer algo. Poniéndose en pie, abrió su bolso y extrajo del mismo una libreta de notas taquigráficas, de la que arrancó una hoja.

Tomó el micrófono y leyó, con voz clara y bien timbrada, unas cuantas frases. Al terminar, añadió:

—Dispénsame por lo que he hecho, señor Ellier, pero no me quedaba

otro remedio. Le ruego guarde esta grabación en lugar seguro y que no comunique su contenido a nadie. Yo me pondré en contacto con usted para recuperarla. Muchas gracias.

Cerró el contacto de la grabadora y tiró el micrófono sobre la mesa. A continuación se dirigió hacia la puerta que había al lado opuesto y que, acertadamente, dedujo conducía al lavabo.

Entró. Rompió la hoja de papel en mil pedazos, que luego arrojó por el sumidero, procurando que ni uno solo de ellos cayese fuera de la taza. Hizo funcionar el botón que provocaba la caída del agua y, a continuación, salió del lavabo.

Cuando cruzó el despacho, Ellier empezaba a rebullir en el suelo. Kathy aceleró el paso y salió de la oficina.

Los dos hombres que la perseguían habían desaparecido. Arrojó una mirada hacia la puerta de servicios y sonrió satisfecha.

El pañuelito había desaparecido. Su argucia había tenido un pleno éxito.

Con paso normal, fingiendo inocencia por todos los poros de su linda cara, Kathy avanzó a lo largo del concurrido pasillo en busca del ascensor.

Tremendamente malhumorado y echando pestes contra los posibles clientes, que luego se divertían golpeándole a uno en la cabeza, Morgan Ellier, analista, se puso en pie, palpándose con la mano derecha el voluminoso chichón que tenía en la nuca.

El golpe no había sido muy fuerte; empero, le había mantenido sin conocimiento durante algunos minutos.

Seguía solo en el despacho, aunque, como rastro de la bella desconocida que le había golpeado con tanta resolución, había quedado un tenue perfume que, se dijo, la haría reconocible en cualquier parte. Morgan Ellier no entendía de perfumes, pero sí tenía una magnífica memoria en todos los sentidos que, se dijo, le serviría de mucho si quería volver a ver un día a la muchacha.

—¿Y qué ganaré con ello? —gruñó, mientras se dirigía al lavabo.

Una toalla empapada en agua fría y un par de aspirinas mejoraron considerablemente su estado general diez minutos más tarde. Entonces, después de haberse secado, volvió a la oficina.

Todo estaba en orden. La desconocida no había robado nada. Por otra parte, salvo unos cuantos dólares que llevaba en la cartera para imprevistos, no tenía allí nada que valiese la pena. Se preguntó a qué habría entrado aquella mujer, sin que su experiencia como analista le sirviese para nada a la hora de hallar una respuesta adecuada.

Las ganas de trabajar se le habían quitado. Por otra parte, tenía concertada una entrevista con un empresario, con el fin de tratar de

solventar algunos problemas que necesitaban pronta solución. Se puso la chaqueta y, tras arrojar un último vistazo a la estancia, se dirigió hacia la salida.

Cerró con dos vueltas de llave y guardó esta en el bolsillo. Hasta el día siguiente ya no tenía que volver.

Cuando regresó, veinticuatro horas más tarde, se dispuso a continuar la tarea tan desagradablemente interrumpida la tarde anterior. No había querido denunciar lo ocurrido a la policía, no por falta de ganas de cumplir su deber ciudadano, sino porque, a fin de cuentas, el inexplicable asalto no había tenido graves consecuencias y, por otra parte, no hubiera podido dar el menor informe de la mujer que le había golpeado. Ni siquiera la había visto; apenas había escuchado el ruido de la puerta al abrirse y luego había deducido su sexo por el perfume.

Sentóse tras la mesa, sacó una gran libreta de notas y un lápiz, y colocó el interruptor de la grabadora al alcance de su mano. Puso en marcha el aparato, invirtió la cinta, dejándola al principio y luego hizo que reprodujese el dictado de la tarde anterior.

De cuando en cuando, detenía la marcha del carrete y tomaba notas, a fin de corregir y pulir algunos de los párrafos de su disertación. Al cabo de un rato, llegó al pasaje que dictaba en el momento de ser golpeado.

Movió la cabeza aprobadoramente, mientras escuchaba con suma atención. En su opinión, así era cómo tenían que decirse las cosas.

—... Concurren en las mismas, para luego proceder a un análisis severo, pero sereno, implacable, aunque también objetivo y, en todos los casos, llegar a un grado exhaustivo que nos diga...

Su voz se cortó bruscamente, siendo sustituida por el ruido de un cuerpo al caer al suelo. Contrajo las mandíbulas; había sido en aquel instante cuando recibió el golpe. Ordinariamente, Morgan Ellier era un hombre ponderado y que no perdía fácilmente la ecuanimidad, pero recordando el incidente, no pudo contener una interjección de grueso calibre.

Alargó, la mano para cortar el contacto. Debía meditar en el contenido del párrafo final, a fin de que su discurso quedase debidamente redondeado. Luego, con ayuda de las notas que había tomado, lo reharía y...

Se quedó estupefacto, inmóvil, cuando oyó la voz de la muchacha, de tonos frescos y bien modulados.

—El uno (son dos), habla con el dos (que son tres) y dice:

“Con las ligas del tres (que son cuatro).

“Y los tirantes del cuatro (que son cinco).

“Más tu número por el mío.

“Encontraremos la clave, si añadimos la resultante.

“De la vertical menos cero seis”.

Su mandíbula fue aflojándose, paulatinamente, a medida que sonaban aquellas incomprensibles frases, hasta que su boca quedó abierta de par en par. ¿Qué diablos quería significar aquella sarta de insensateces, pronunciadas con la entonación propia de una recitadora de poesías, pero que, sin embargo, no tenían nada de verso?

De nuevo sonó la voz de la joven.

—Dispénsame por lo que he hecho, señor Ellier, pero no me quedaba otro remedio. Le ruego guarde esta grabación en lugar seguro y que no comunique su contenido a nadie. Yo me pondré en contacto con usted para recuperarla. Muchas gracias.

La voz de la muchacha se extinguió. Morgan Ellier miró a la grabadora como si estuviese embrujada.

Permaneció unos momentos completamente inmóvil, sin saber qué hacer, irresoluto, tratando de hallar una solución congruente a aquel cúmulo de palabras sin sentido. Lo único que se le ocurrió, por el momento, fue cortar la corriente y detener la marcha de la grabadora.

En aquel instante, la puerta se abrió de golpe y dos hombres irrumpieron bruscamente en el despacho.

CAPÍTULO II

Morgan se puso en pie, contemplando a los recién llegados.

Su intuición le dijo que no eran clientes y que estaban relacionados, de algún modo, con la desconocida que le había dejado aquel extraño mensaje grabado. Jamás Morgan Ellier había tenido el menor contacto directo con ningún miembro del hampa, pero en la presente ocasión dedujo, sin lugar a dudas, que la honradez era una palabra desconocida para aquellos dos sujetos.

Eran ambos fuertes y robustos, con manos de boxeador y rostros de expresión dura y aviesa. En el lado izquierdo de cada chaqueta podía verse un abultamiento que indicaba sobradamente la causa que lo provocaba.

Se puso en pie lentamente.

—¿Puedo servirles en algo, caballeros?

—Ayer estuvo aquí una muchacha llamada Kathy Felton —dijo con voz ronca uno de los sujetos.

Morgan alargó la mano y consultó su agenda de citas.

—Lo siento —contestó—. No tengo anotado aquí el nombre de ninguna dama llamada de ese modo. Creo que se han equivocado ustedes —añadió.

—No nos hemos equivocado —gruñó el otro hampón—. Kathy Felton estuvo ayer aquí. Le entregó un mensaje.

—Ese mensaje —intervino el primero— no le sirve a usted para nada, señor Ellier. Dénoslo, por favor, y olvidaremos lo que ha pasado.

Morgan fingió inocencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Yo no veo que haya sucedido nada. ¿No se habrán confundido ustedes?

—Basta de bromas —gruñó el primero, un tipo con media ceja pelada, a causa de un viejo puñetazo. Morgan le aplicó inmediatamente un apodo muy lógico: “Media Ceja”. Señor Ellier, le rogamos, por favor, que no nos haga perder más el tiempo. El suyo también es muy precioso, supongo.

“¿Por qué diablos tengo yo que proteger a una Kathy Felton a la que no conozco? Debiera entregarles el carrete grabado, pero...”

—Tienen razón —alzó la voz—. Su tiempo y el mío son realmente preciosos y no podemos permitirnos el lujo de dilapidarlo —manifestó sosegadamente—. De modo, pues, que si no tienen nada más interesante que añadir y si mis servicios de analista no les interesan, les agradeceré se retiren y me dejen continuar mi trabajo.

“Media Ceja” emitió un gruñido.

—La paciencia se nos ha acabado. Abe —ordenó—, ve a la puerta y asegúrate de que está bien cerrada. Cuando vuelvas, cierra también la del

despacho.

—O.K., Jeb —contestó el otro sujeto.

Entonces, al quedarse solo, “Media Ceja” introdujo su mano en el interior de la chaqueta, con ánimo de sacar la pistola.

Morgan no se lo permitió. Tenía una pila de libros al alcance de su mano, sobre la mesa, y se los arrojó apenas vio el gesto amenazador del forajido.

Uno de los libros golpeó el ojo izquierdo del hampón, arrancándole un aullido de dolor. Morgan saltó sobre él.

Era un hombre joven, pletórico de salud y que tenía la sana costumbre de realizar ejercicios físicos varias veces a la semana en un gimnasio. Entre los varios que realizaba, precisamente por contraste con su profesión, que exigía un uso intensivo de la mente, estaban el boxeo y el judo.

Su puño derecho saltó disparado contra la mandíbula de “Media Ceja” con terrorífica violencia. El rufián abrió los brazos y manoteó frenéticamente mientras retrocedía, a fin de mantener el equilibrio.

Su compañero había oído el ruido de los libros y el gruñido emitido al recibir el primero en la cara. Regresó a toda prisa, encontrándose con el cuerpo de “Media Ceja” entre los brazos.

Morgan continuó su ataque. Sabía que no podía dejar respirar a sus antagonistas. No creía que llegasen a asesinarle, pero si les dejaba la iniciativa, le propinarían una buena tunda. Y eso era algo que él no estaba dispuesto a permitir.

De nuevo dio otro salto hacia adelante. “Media Ceja”, aturdido, no acababa de reaccionar, en tanto que Abe blasfemaba sonoramente, intentando desembarazarse de aquel cuerpo que le impedía pasar a la ofensiva.

Por encima de la cabeza de “Media Ceja”, situada a un nivel inferior a la suya, Morgan alargó la mano y apresó el apéndice nasal del otro hampón, retorciéndoselo cruelmente. Pegó un par de brutales tirones, que arrancaron sendos chillidos de los labios de Abe y luego retrocedió un paso, agarrando con la mano izquierda las solapas de la chaqueta del otro.

Abe se agarró la nariz con ambas manos. El dolor que sentía era insufrible y le hacía olvidar cualquier otra cosa. Mientras tanto, Morgan metía la mano en el interior de la chaqueta de “Media Ceja” y se apoderaba de su pistola.

“Media Ceja” cayó de rodillas al suelo, aturdido por el primer golpe, del que no se había rehecho todavía. Morgan retrocedió dos pasos, tiró del cerrojo de la pistola, a fin de comprobar efectivamente su carga, y luego encaró el arma hacia los dos pandilleros.

—Váyanse —dijo, en tono duro y cortante—. Prefiero pasar sus insolencias por alto, pero si llamo a la policía, no les tratarán muy bien. Olvidaré lo sucedido; no obstante, recuerden esto: la primera vez que les

vea por mí oficina, tiraré a dar. ¡Largo!

“Media Ceja” se puso torpemente en pie. En cuanto a Abe, se acariciaba la dolorida nariz con un pañuelo. Las lágrimas casi le impedían la visión y, aunque sentía una cólera infinita, el dolor superaba a todos los demás sentimientos.

—¡Vamos, fuera! —ordenó Morgan, moviendo la pistola—. ¡No vuelvan más por aquí, y recuérdenlo: No conozco a ninguna Kathy Felton ni me ha dejado ningún mensaje!

“Media Ceja” se recobró lo suficiente para proferir una amenaza:

—Volveremos a vernos, señor Ellier —dijo—. Y no crea que nos ha engañado; ella estuvo aquí. Salgamos, Abe.

Morgan permaneció todavía unos minutos frente a la puerta, después que se hubieron marchado los rufianes, en actitud especulativa.

El asunto le desagradaba, sin saber por qué. Dábase cuenta de que el mensaje grabado por Kathy Felton tenía una importancia excepcional, aunque no se le alcanzaban ni de lejos los posibles beneficios que indudablemente debía rendir, una vez descifrado. Pero habiendo de por medio dos tipos tan repulsivos como “Media Ceja” y el llamado Abe, resultaban evidentes varias cosas: Primera: Ya estaba expresada, que era de gran importancia. Segunda: Era algo que desconocía por completo. Tercera: No tenía aspecto de ser un asunto lícito; y cuarta: Kathy Felton se pondría en contacto con él y entonces sabría de qué se trataba.

Pero, ¿le importaba conocer la verdadera naturaleza del mensaje?

¿Quién le había ordenado portarse como un caballero andante, interviniendo en favor de una Dulcinea completamente desconocida?

¿No podía ocurrir que la tal Kathy Felton perteneciese a una organización rival, pero de fines no menos ilícitos que los que habían manifestado “Media Ceja” y Abe, aún sin expresarlo con claridad?

Encendió un cigarrito, se sentó tras la mesa y volvió a escuchar la grabación.

Veinticuatro horas más tarde, se sabía de memoria el mensaje. Pero seguía sin hallar la menor relación entre sus frases, que le permitiera lograr algo inteligible. Era un mensaje en clave, que solo el que la poseyera estaría en situación de descifrar.

Casi le dolía la cabeza a fuerza de estudiar la grabación. Decidió que estaba perdiendo el tiempo intentando averiguar algo que no le concernía en absoluto y volvió a su trabajo. Tenía varios encargos que realizar y no podía perder el tiempo; su labor era muy importante y, por lo mismo, bien pagada, ya que los resultados de la misma solían tener gran interés para los consultantes.

De pronto, sonó el timbre de llamada. Alzó la cabeza, casi a la vez que entreabría el cajón de la derecha, con objeto de dejar al alcance de su mano la pistola que arrebataste a “Media Ceja”.

El timbre sonó de nuevo. Entonces recordó que la puerta estaba cerrada con llave.

Se levantó y se dirigió hacia el vestíbulo. Mientras caminaba, pensó que tal vez se tratase de Kathy Felton. Un ansia incontenible de conocerla sacudió su ánimo.

No era Kathy, sino un hombre.

—Perdone —se excusó el joven—. Olvidé que había cerrado con llave. Soy Morgan Ellier.

El hombre que estaba frente a él tenía algunos años más. Era alto, delgado, de cara muy pálida y cabellos casi blancos, a fuer de pajizos, y pupilas que no parecían existir, tan claro era su color. Para Morgan, era casi un albino, aunque sin el tono rosado de la epidermis que suele acompañar a estas características físicas.

—Mi nombre es Elbert Coslar —se presentó el recién llegado con brillante sonrisa—. ¿Puedo hablar con usted, señor Ellier?

—Por supuesto —respondió Morgan—. Pase usted.

Por su profesión, el joven era un agudo observador. En un instante captó elegancia en la indumentaria de Coslar, que era cara, por supuesto, lo cual indicaba lo próspero de su situación económica. Debía tratarse de un hombre de negocios, además, ya que llevaba en la mano una revista financiera que él conocía muy bien, por hallarse suscrito a la misma.

Pasaron al despacho. Le indicó un asiento y Coslar, tras dejar la revista sobre la mesa, sacó una costosa pitillera de platino y ofreció un cigarrillo al joven. Eran de tabaco turco, muy suaves y aromáticos.

—Sin duda —dijo Coslar, tras las primeras bocanadas—, debe usted estar preguntándose cuál es el objeto de mi visita.

—En efecto —repuso el joven cortésmente.

—Hasta hace unos días —siguió el visitante—, yo era primer secretario ejecutivo de la firma “Brender & Merryl, Ltd.”. Usted no ignorará, supongo, que es una potencia en el campo de los plásticos, aunque —añadió Coslar con breve sonrisa—, no podemos compararnos todavía con la Du Pont, de Nemours. A pesar de todo, la “Brender & Merryl” es una fuerte empresa.

—Lo sé. Continúe, señor Coslar —dijo Morgan.

—Recientemente, uno de sus químicos más notables, descubrió una nueva fibra. No quiero entrar en detalles, no ya de su composición, que se me hace totalmente incomprensible en absoluto, sino de sus resultados una vez industrializada y comercializada su producción. Es una fibra con tales características que... Perdón —sonrió Coslar—, dije que no entraría en detalles. Compréndalo, se lo ruego.

—Desde luego —convino el joven con una sonrisa.

—El caso es que el tal químico estaba un poco... digamos que le faltaba un tornillo. Bueno, eso les pasa a todos los sabios, más o menos; pero el

hombre en cuestión parecía estarlo más de lo habitual. El caso es que, de repente, violando las cláusulas del contrato que le unían a la empresa y, al parecer, descontento por lo poco que podía corresponderle en los beneficios que produjese la nueva fibra, desapareció llevándose la fórmula. Oh, por supuesto, tenemos unos cuantos metros del nuevo tejido, pero, ¿de qué nos sirve si su complejidad es tal que los demás químicos han fracasado hasta ahora en sus esfuerzos por realizar un análisis correcto de los componentes?

Coslar tosió ligeramente. Dejó el cigarrillo sobre el cenicero y continuó:

—Esto, como puede suponer, es un rudo golpe para la empresa. No es que vayamos a quebrar, ni mucho menos, pero con la explotación de la nueva fibra, habríamos realizado un negocio fabuloso, así como suena. El Ejército y la Marina parecían interesarse por un tejido barato y de ilimitada duración... ¡Ejem, ejem! Perdóneme —sonrió Coslar—; tengo los pulmones un poco delicados. Necesitaría una buena temporada de reposo en las montañas, pero en las circunstancias actuales, me es imposible soñar con tal cosa. Debo seguir trabajando y... ¿Dónde íbamos? Ah, sí. La desaparición del químico con la fórmula es un rudo golpe para nosotros.

“A mayor abundamiento, el principal directivo de la firma ha muerto días atrás, y ello nos crea una crítica situación, dado que los otros cuatro directivos discrepan enormemente en la forma en que se han de llevar los asuntos. Todas estas discrepancias desaparecerían, a mí entender, radicalmente, si encontrásemos el lugar exacto dónde está la fórmula. Pagaríamos bien, digamos hasta cinco mil dólares por conocer ese lugar. ¿Ha comprendido usted, señor Ellier?

Sí, el joven había comprendido bien. Incluso conocía el nombre del directivo muerto, cuyo fallecimiento había acaecido cuatro días antes. Era Merryman Merryl y, sí, sabía que su desaparición creaba un difícil problema a los directivos supervivientes.

También se figuraba cuáles eran las intenciones de Coslar. No obstante, mantuvo el rostro impasible.

—Siento mucho no poder servirle —respondió—. Ignoro en absoluto todo cuanto está relacionado con su empresa y la fórmula y el químico desaparecidos.

Coslar no dejó que su decepción se trasluciera al exterior.

—Había una muchacha empleada en la firma. Kathy Felton era la secretaria personal de Merryman Merryl, y tengo motivos fundados para presumir que ella conoce, por lo menos, el paradero de la fórmula. También —añadió con suave pero inequívoca firmeza—, sé que estuvo aquí y que es muy posible que le dejase a usted un mensaje, indicador de los datos mencionados. Como no tengo la menor intención de provocar ningún escándalo, le diré que mi oferta anterior ha ascendido exactamente al doble, señor Ellier.

El joven no se inmutó.

—Se equivoca con respecto a mí —respondió tranquilamente—. Ni conozco a la señorita Felton ni he recibido de ella el menor mensaje. Su oferta, aún rebasando ampliamente los límites de la prodigalidad, resulta inaplicable y, por ende, inaceptable, en el presente caso. ¡Buenos días, señor Coslar!

El visitante se puso en pie. Tosió otro poco y luego inclinó ligeramente la cabeza.

—Tendrá usted nuevas noticias mías —manifestó—. Adiós.

—Adiós —contestó Morgan lacónicamente.

CAPÍTULO III

Coslar se había dejado la revista financiera.

Morgan la tomó y hojeó sus páginas. Era el último número, recién publicado y que, por lo tanto, no había llegado aún a sus manos. La noticia del fallecimiento de Merryman Merryl había sido ampliamente difundida en la Prensa diaria, y por la misma, había llegado a conocimiento del joven.

No tardó en encontrar lo que buscaba. En un suelto, el redactor de la sección correspondiente anunciaba que, próximamente, los señores Cyrus Eackling, James Pennee, Peter J. Cross y Steve R. Haprist celebrarían una reunión de vital importancia para el futuro de la “Brender & Merryl”. Pero, agregaba el mismo redactor, todavía era prematuro aventurar ninguna especulación relativa al porvenir de la empresa, porque los cuatro directivos se habían mostrado absolutamente opuestos a formular la menor declaración, en tanto no hubiesen llegado a un acuerdo definitivo.

El suelto traía también la fotografía de los cinco hombres, naturalmente la de Merryman Merryl en lugar preferente. Morgan los estudió durante algunos minutos, mientras rememoraba puntualmente la conversación sostenida con Coslar poco antes.

La noticia no hablaba para nada de la fórmula desaparecida. A Morgan se le hizo todo sumamente extraño, tan embrollado, que a pesar de su inteligencia y claridad de juicio, no pudo sacar nada en limpio.

Salvo una cosa: La fórmula debía tener una importancia excepcional, cuando, primero: El químico había huido, escondiéndose con ella. Segundo: Kathy Felton conocía el escondite, puesto que se lo había indicado en el mensaje grabado en clave. Tercero: Dos sujetos habían pretendido apoderarse del mensaje por la fuerza, y cuarto: Fallado este recurso, Elbert Coslar había intentado otro procedimiento, más suave, aunque más efectivo, según en qué ocasiones, claro estaba.

Después de realizadas tales deducciones, con los elementos que tenía a su alcance, solo faltaba solucionar un dilema: ¿Actuaba Coslar *per se*, pretendiendo un provecho propio, o era un enviado de los cuatro directivos supervivientes?

El timbre del teléfono sonó de pronto, arrancándole a sus meditaciones. Alargó el brazo y levantó el aparato.

—Morgan Ellier, analista —anunció.

—Buenos días, señor Ellier. ¿Me ha perdonado ya?

El cuerpo del joven se puso rígido al reconocer la voz de Kathy. Felton, que ya para él resultaba inconfundible.

—Depende —contestó sobriamente.

—Lo siento —manifestó la muchacha—. Tal vez, cuando comprenda todas las cosas, pueda perdonarme algún día. Mientras tanto, ¿puede traerme el mensaje grabado a una dirección que le indicaré? No es preciso indicarle que se le abonará una suma prudencial por sus servicios.

—¿Está incluido el servicio de Pompas Fúnebres? —preguntó Morgan agriamente.

—Por favor —dijo ella—, no se lo tome tan a pecho. Venga pronto, por favor; es muy urgente.

—Está bien. Deme la dirección —se resignó Morgan. Además, sentía una viva curiosidad por conocer más detalles de un asunto que ya empezaba a apasionarle.

—¿Conoce usted “Villa Flavia”? —preguntó Kathy.

—Es la primera vez que oigo ese nombre, señorita Felton.

—Muy bien. Yo le diré cómo puede llegar hasta allí. Siga en dirección Sur por la carretera de la costa. A doce millas y media de la ciudad, encontrará un caminito privado, bordeado de setos de boj. Sígalo, y a doscientos cincuenta metros hallará la entrada de “Villa Flavia”.

—Conforme. Llegaré allí dentro de media hora, señorita Felton.

Hubo una corta pausa. Luego, Kathy dijo:

—De modo que ya conoce mi nombre.

—Tengo sobrados motivos para conocer no solo su nombre, sino algunas de las cosas que ocurren en relación con su mensaje —respondió Morgan. Y colgó sin dar tiempo a que ella pudiese añadir una sola palabra.

Se puso la chaqueta. Antes de salir, sin embargo, realizó unas rápidas operaciones en el magnetófono. Poco más tarde, llegaba al garaje subterráneo del edificio donde tenía estacionado su automóvil y arrancaba en dirección a “Villa Flavia”.

Apenas hubo entrado en el ascensor, un hombre, que leía un periódico en la esquina del corredor, dejó de sostener la pared con su espalda y se dirigió al despacho del joven. Extrajo de su bolsillo un pequeño manojo de ganzúas y probó dos o tres, hasta hallar una que le permitió el paso a la oficina.

El hombre cerró una vez franqueado el umbral. Sin titubear se encaminó al despacho y puso en marcha la grabadora.

Escuchó atentamente por espacio de cuarenta minutos un largo discurso, que le hizo bostezar sobremanera. Cuando la impresión hubo terminado, el hombre miró irritado el carrete.

Este continuaba girando. Fue a cortar la corriente, despechado por no haber hallado nada, cuando, de pronto, sonó la voz del joven:

—A quien pueda interesar, declaro: La señorita Felton no me dejó ningún mensaje escrito ni grabado. Todo el que escuche la presente grabación, en mi ausencia, debe saber que pierde el tiempo. Por si no se

convence, frente a él verá un archivador con docenas de cintas grabadas. Si tiene tiempo suficiente, puede estar escuchando durante dos semanas sin detener un solo instante la marcha del magnetófono. Tráigase víveres para soportar la espera que, lo garantizo, será inútil. Por favor —concluyó el joven, en tono de buen humor—; al salir, cierre de nuevo con cuidado y procure dejar todo como estaba. *Good bye!*

El hombre pegó un manotazo al interruptor, furioso por el discurso que acababa de escuchar. Luego, poniéndose en pie, se acercó al teléfono.

Marcó un número. Una voz contestó prestamente:

—Coslar.

—Aquí, Seldon. He escuchado el magnetófono. No hay nada.

Sonó una maldición.

—¡Imposible! ¡Tiene que estar ahí!

—No está. Aguarde un momento y escuche.

Sin colgar el teléfono, Seldon manipuló en la grabadora. Poco después, acercaba el micrófono al altavoz de la máquina, reproduciendo las últimas palabras del joven, a fin de que Coslar pudiera escucharlas.

Cuando terminó, se acercó el aparato a los labios.

—¿Qué le ha parecido?

—Es posible que Ellier haya escondido la grabación —comentó Coslar—. No hay que suponerle tan tonto como para haber tomado nota escrita del mensaje de la chica y dejarla por cualquier parte de su oficina. Lo más seguro es que, efectivamente, lo haya grabado en otra cinta y se la haya llevado consigo. Averigüe dónde vive, vaya cuando él no esté y haga un registro a fondo. Eso es todo.

—De acuerdo —contestó Seldon.

Colgó el aparato y se marchó, furioso y decepcionado por el fracaso sufrido.

Morgan Ellier refrenó la marcha de su automóvil y lo hizo virar a la derecha, metiéndose por un caminito cubierto de fina gravilla y, tal como Kathy le había anunciado, flanqueado por dos setos de boj. El camino hacía una pendiente bastante pronunciada, aunque no imposible de superar por un automóvil, y serpenteaba por la ladera de una colina, que iba a morir en el mar, azul y radiante en aquella mañana sin una nube en el cielo.

A poco, el camino se niveló. Entonces, una tapia apareció ante sus ojos.

Esta no era excesivamente alta y tenía en su centro una puerta enverjada, abierta de par en par en aquellos momentos. Morgan detuvo el coche a un lado y se apeó.

Atravesó el umbral. Una agradable brisa subía del mar, haciendo oscilar ligeramente las copas de los cipreses y los pinos que crecían con

profusión al otro lado de la tapia. El boj y el mirto abundaban también, así como toda clase de arbustos de jardinería, muchos de ellos esmaltados por flores de vivos colores que eran un regalo para la vista. Al ver el jardín creado de aquella manera, Morgan comprendió que el nombre de la propiedad estaba más que justificado: era una villa romana, correspondiente a la época de más refinada civilización de un imperio que dos mil años antes había dominado el mundo.

El edificio estaba construido también según los más rigurosos cánones de la arquitectura romana de los siglos I o II de nuestra Era. De haber visto al fondo un monte cónico, con un leve penacho de humo, Morgan hubiera asegurado que se hallaba en alguna villa de las Pompeya o Herculano que crecían dos mil años atrás, en las laderas del Vesubio y frente al azul Mediterráneo. El efecto era idéntico.

Para que no faltase detalle, vio hasta una pequeña caseta, de unos sesenta centímetros de altura, con una inscripción grabada sobre el frontis de su pequeña puerta, en mosaicos de vivos colores y letras romanas: CAVE CANEM. La inscripción de “Cuidado con el perro” estaba en latín, pero allí no había perro.

No percibió el menor ladrido ni tampoco ningún sonido que correspondiese a la existencia de personas vivientes en la villa. Era un silencio absoluto, fantasmal, apenas interrumpido de cuando en cuando por un levísimo susurro del viento al pasar entre las hojas de los mirtos o al hacer ondular suavemente la copa de un ciprés.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Morgan cruzó el umbral, diciéndose que la edificación de aquella casa en el estilo romano de dos mil años antes, se debía sin duda al capricho de un millonario antojadizo. Le parecía que en cualquier momento iba a surgir el dueño de la casa, envuelto en su toga, levantando la mano derecha para saludarle a la moda de la época. “Pero apenas sé latín”, pensó humorísticamente.

Franqueó el umbral, pasó por un estrecho corredor, a ambos lados del cual había sendas puertas, cerradas, y salió al clásico patio de la casa romana, rodeado por un peristilo de columnas de un severo orden dórico, en derredor del cual y como requería la tradición, estaban las habitaciones de la casa. En el centro divisó una pequeña pileta, con un surtidor de rumoroso líquido y algunas plantas acuáticas flotantes.

El patio estaba asimismo desierto y silencioso. Al otro lado divisó un corredor que correspondía al que acababa de atravesar. Rodeó el peristilo y llegó al pasillo, deteniéndose irresoluto.

Empezó a pensar si no se trataba de una broma de mal gusto. Pero, ¿qué habría ganado Kathy Felton con hacerle ir hasta allí? ¿Tal vez penetrar en su despacho, aprovechando su ausencia, y apoderarse de la cinta grabada? Aunque cabía esa posibilidad —y él se divirtió mucho pensando en su perplejidad si ella llegaba a escuchar el pequeño discursito

grabado al final de la cinta—, su espíritu, habituado a la crítica y al análisis, le hizo desecharla en el acto. No habría resultado una acción lógica.

Cruzó el otro corredor y salió a la parte posterior de la casa. Allí divisó una pérgola semicircular, sostenida por una doble hilera de columnas del mismo estilo, rodeando a medias una piscina de aguas quietas y azules. En el lado más próximo a la casa, junto al borde, dormitaba un individuo.

A tres pasos del hombre divisó un perro tendido en el suelo. Las manchas de sangre que había bajo el cuerpo del can le hicieron comprender en el acto los motivos de su ausencia de la caseta en la que tenía la obligación de estar custodiando la villa contra los extraños.

Se acercó al hombre y se arrodilló a su lado. Tocó su piel; estaba fría.

En el lado derecho de la cabeza divisó una tremenda contusión, de tal forma, que en aquel punto aparecía una depresión del hueso, característica después de haber recibido un golpe mortal. Aparte de lo que dedujo en pocos instantes, supo, merced a su memoria fotográfica, que el cadáver pertenecía a uno de los componentes de la “Brender & Meryll”. Exactamente, a Cyrus Eackling.

CAPÍTULO IV

Apenas había llegado a aquella conclusión, oyó un gemido a sus espaldas. El sonido le hizo volverse rápidamente.

Entonces vio a Kathy Felton.

La muchacha estaba sentada en el suelo, recostada a medias contra la pared del edificio. Tenía los ojos cerrados, y una de sus manos se apoyaba en la cabeza. Al lado de su cuerpo estaba el bolso de piel, abierto de par en par y con todo su contenido desparramado por el suelo.

Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado.

—¡Señorita Felton!

Ella abrió los ojos y le miró turbiamente.

—Hola —dijo en tono desmayado.

—¿Quién la ha golpeado? ¡Hay un hombre muerto junto a la piscina! ¿Se ha enterado usted?

—Demasiado —contestó Kathy en el mismo tono. Era evidente que todavía se sentía muy aturdida.

Morgan sacó un pañuelo y corrió hacia la piscina, empapándolo en agua. Regresó junto a la muchacha y le mojó las sienes y la nuca. Ella pareció sentirse mejor.

—Gracias —dijo—. Casi me encuentro bien.

—¿Quién la golpeó? —repitió él.

—El asesino de Cy Eackling, supongo.

—¿Le vio la cara?

—No... Era demasiado tarde. Sentí el golpe y me desmayé. Luego me recuperé un poco, me arrastré hasta la pared y volví a perder el conocimiento...

—Habrà en algún punto de la casa algo de licor, supongo —dijo Morgan. Con cierta ironía, añadió—: Los romanos también eran aficionados al buen vino.

—Espere un poco a que acabe de rehacerme —suplicó ella. Reparó en su bolso—. ¡Oh, me lo registraron!

—Mire a ver si le falta algo. Mientras termina de reponerse, yo trataré de buscar algún indicio.

Se puso en pie. Examinó los alrededores del cadáver durante algunos momentos. Frunció el ceño al observar la contradicción que suponía el que Eackling hubiese muerto a golpes y el perro de un certero disparo en el cráneo. “Tal vez —se dijo—, el animal le había atacado al ver que golpeaba a su amo y el asesino se ha visto obligado a disparar contra el fiel can”.

A la derecha de la piscina y sostenido por una columna estriada, de sección circular, divisó un *gnomon* o reloj de sol. Maquinalmente, comprobó la hora, comparándola con el suyo de pulsera. Coincidían casi exactamente: eran las once y treinta minutos de la mañana. En algún lugar de la casa tendría que encontrar la otra especie de reloj que usaban los romanos: la *clepsydra* o reloj de arena, que era empleado en los momentos de ausencia del sol.

—¡Señor Ellier! —llamó de repente la muchacha.

Regresó junto a Kathy. Ella se había puesto ya en pie y se alisaba la falda con movimientos maquinales.

—No me falta nada en el bolso. Se limitaron a registrarlo, pero al no hallar lo que buscaban, escaparon.

—¿Escaparon? ¿Acaso fueron más de uno? —se extrañó él.

—Oh, era solo una forma de hablar. No puedo asegurarle, en verdad, si se trataba de uno o de más individuos —Esforzándose, logró sonreír—. Poco pueden imaginarse dónde dejé el mensaje, ¿no es cierto?

—En efecto —convino él con bastante sequedad—. Pero ahora que ya se encuentra mejor, vamos a ver si encontramos un elemento del siglo XX, que no tiene por qué faltar en este edificio, aunque se le haya querido dar el aspecto de las construcciones de hace dos mil años. Me refiero al teléfono, naturalmente.

—¿Para qué? —preguntó ella, muy extrañada, al parecer.

—Olvida usted que se ha cometido un asesinato y que nuestro primordial deber es dar cuenta a la policía—. El joven sonrió, mientras la tomaba del brazo—. Hace dos mil años, también había policías en Roma y jueces que castigaban los crímenes. El invento de la Justicia no es cosa de hoy, precisamente.

Kathy se detuvo y apretó los labios.

—¿De veras va a llamar usted a la policía? —dijo casi retadoramente.

—¿Puedo hacer otra cosa? ¿O —preguntó él con toda intención— tiene usted miedo de la Ley?

—No, claro —respondió Kathy—. Vamos.

Salieron del patio, cruzaron el corredor y llegaron a la entrada del peristilo. En aquel momento, oyeron el ruido del motor de un automóvil que se detenía a la entrada de la casa, en el lado opuesto.

Kathy se detuvo en el acto.

—¡Tenemos que escondernos! —exclamó, con la alarma pintada en su rostro.

—Pero...

Las protestas de Morgan resultaron inútiles. Kathy tiró de él, haciéndole retroceder unos pasos, hasta una puerta situada en el corredor de acceso al patio posterior. Empujó la puerta y le hizo entrar en una pequeña habitación, destinada evidentemente a vestuario de los huéspedes que

deseaban bañarse en la piscina. Kathy cerró la puerta, aunque dejando una pequeña rendija para atisbar a través de la misma.

A poco, se oyeron unos pasos sobre las losas del peristilo. Sonaron unas voces broncas y destempladas. Morgan reconoció las de “Media Ceja” y Abe, no de muy buen humor, a juzgar por sus expresiones.

Los dos forajidos rodearon el patio interior y se dirigieron hacia el corredor.

—La chica está al otro lado —dijo “Media Ceja”.

Kathy terminó de cerrar la puerta y se apoyó contra ella, con la respiración en suspenso. Los pasos de la pareja retumbaron con fuerza bajo el techo del corredor.

De repente, Kathy abrió la puerta y salió afuera. Su acción resultó tan inesperada, que Morgan no tuvo tiempo de detenerla.

El joven se lanzó tras ella. Kathy corrió a la puerta que comunicaba con la piscina y la cerró de golpe, dando dos vueltas de llave.

Inmediatamente se volvió hacia Morgan.

—¡Corramos!

Sonaron unos gritos de alarma. Morgan no se lo hizo repetir dos veces.

Atravesaron el patio interior a la carrera y salieron fuera de la casa, donde vieron estacionado el automóvil de los forajidos. La muchacha se detuvo un momento y, agachándose junto a una de las ruedas, aflojó la válvula. El aire salió silbando, mientras la goma se acercaba al suelo.

—Vamos —exclamó.

Siguieron corriendo. Apenas habían dado dos docenas de pasos por el sendero que conducía a la salida, oyeron el crepitar de una pistola.

La bala hizo volar por los aires algunos trozos de gravilla, no lejos de las piernas de ambos jóvenes. Sonó un grito de rabia y una imprecación.

—¡Imbécil! ¡La quiere viva! —bramó “Media Ceja”—. Sigámosles con el coche.

—¡Lo dudo mucho! —gritó Kathy, sin dejar de correr.

En pocos momentos alcanzaron la salida. Morgan se sentó tras el volante y puso en marcha el automóvil, lanzándose a toda velocidad hacia el camino, mientras los dos pandilleros blandían los puños impotentes de rabia, por no poder seguirles.

Llegaron al empalme y tomaron la dirección de la ciudad. Entonces, Morgan dijo:

—Señorita Felton, ¿se da cuenta usted de la serie de líos en que me ha metido a causa de su digamos atolondramiento, por no llamarlo de otro modo bien distinto y más ofensivo?

—Lo sé —respondió ella en tono contrito—. Y le aseguro que yo soy la primera en sentirlo, señor Ellier. Pero créame que cuando entré en su oficina, no tenía otro lugar mejor dónde esconderme. Esos dos tipos me perseguían y...

—Usted era la secretaria personal de Merryman Merryl. Este le confió lo que, al parecer, es un importante secreto, contenido en el mensaje que usted dejó grabado en mi magnetófono. ¿No es así?

—Desde luego, pero, ¿cómo sabe...?

—Atienda, por favor. La grabación indica el lugar dónde está escondida la nueva fórmula que inventó el químico fugitivo. ¿Se lo dijo el difunto Merryl?

—Sí —contestó Kathy.

—Deduzco que no confiaba en sus cuatro socios. ¿Por qué?

—No me lo confesó —declaró la muchacha—. Únicamente me hizo anotar en mi cuaderno de taquigrafía el mensaje que usted escuchó. Dijo que era la clave para encontrar la fórmula, pero que por ningún concepto debía entregársela a sus cuatro socios.

—Eso no está bien. Sencillamente, es una descomunal falta de ética comercial el querer aprovecharse de algo que debe repartirse, en las debidas proporciones, con quienes le ayudaban financieramente a sostener la empresa. De no haber muerto, hubiérase dicho que él solo pretendía apoderarse de la fórmula y de los beneficios, ¿no es así?

—Mire —dijo ella, un tanto enojada—, yo era su secretaria personal. Mi sueldo salía de su bolsillo, no de la partida de gastos de la empresa. Por lo tanto, le debía fidelidad y, falta o no de ética, hice lo que me mandó. ¿Cómo sabe usted tantas cosas?

—Ya habrá tiempo para explicaciones más adelante. Ahora, dígame, ¿tiene usted alguna idea del lugar que indica esa misteriosa clave?

—No. En absoluto. Tomé el mensaje textualmente, tal como él me lo dictó. Dijo que ahí se escondía la fórmula y...

—¿Dónde está el químico? Porque de nada sirve esconder la fórmula, si el químico, aunque oculto también, anda suelto por ahí. En cualquier momento puede sacarla otra vez a relucir, ¿comprende?

—Oh, en cuanto a eso no hay el menor cuidado, señor Ellier. Joe Felton es el tipo más distraído y olvidadizo que he visto jamás en los días de mi vida. Es un químico de primera, no hay duda, pero con una falta de memoria casi absoluta. Con decirle que tiene que anotarse la hora en que comió por última vez, para saber cuándo le corresponde hacerlo de nuevo, está dicho todo. Descubrió la forma de fabricar la nueva fibra, anotando, eso sí, cada paso en el proceso de producción, y cuando lo hubo conseguido, tenía, como puede suponerse, la fórmula. Entonces, habló con el señor Merryl, este se la pidió y...

—Joe Felton —repitió el joven, hondamente pensativo—. ¿Tiene algún parentesco con usted?

—Es mi tío —respondió Kathy con sencillez—. El único pariente que me queda en el mundo.

—¿Dónde está ahora?

—En Europa. Se sentía muy cansado después de años enteros de trabajar sin apenas tomarse un fin de semana. Cuando hubo concluido la fórmula, se la entregó al señor Merryl y este le dio dinero suficiente para que se pasara varios meses en Europa. Tardará en volver y, dadas las circunstancias, comprenderá usted que yo no voy a ponerle un cable para que lo haga.

—Me parece muy justo —ya llegaban a la ciudad—. Ahora, buscaré un teléfono público y llamaré a la policía, comunicándoles lo que sucede.

Ella le puso la mano sobre el brazo.

—Por favor —rogó—, hágalo en forma anónima—. No dé su nombre ni el mío. Puede estar seguro —añadió—, que yo no maté a Cy Eackling.

Morgan reflexionó durante unos momentos.

—De acuerdo. Lo haré así. Después, usted se venará a mi apartamento. Aún tenemos que hablar de algunas cosas más.

—Como quiera —accedió Kathy—. Por supuesto, los gastos que esto le ocasione, le serán reembolsados de acuerdo con la minuta que usted presente.

—¿A quién? —preguntó él con una pequeña dosis de ironía—. ¿Acaso tiene usted participación en los posibles beneficios de la fórmula?

—Yo, no, pero mi tío Joe, sí. El acuerdo establecido con Merryman Merryl era que recibiría un cero setenta y cinco por ciento de los beneficios brutos que produzca la explotación y cesión de patentes de la nueva fibra. En el primer año, pueden conseguirse diez o doce millones, lo que representarían de setenta y cinco a ochenta mil dólares por lo menos.

—Una bonita suma, en efecto —convino el joven. Y detuvo el coche frente a una cafetería—. Voy a telefonar —dijo.

—Un momento —exclamó ella, reteniéndole por el brazo—. Supongo que habrá guardado bien el mensaje que dejé grabado en su magnetófono.

Morgan sonrió.

—No se preocupe. Nadie se llevará esa cinta. ¿A quién puede interesarle una cinta magnetofónica que no contiene nada?

El rostro de la muchacha griseó de repente.

—¿Lo... lo borró usted? —tartamudeó.

—Exactamente —respondió el joven con amplia sonrisa, mientras abría la portezuela del auto.

CAPÍTULO V

La mano de Kathy Felton temblaba todavía cuando Morgan le entregó un vaso que contenía una buena dosis de licor, prudentemente rebajada con agua tónica.

Morgan sonrió:

—No se preocupe —dijo—. La fórmula está grabada indeleblemente en mi cerebro. Poseo, gracias a Dios, una memoria diríase que fotográfica y la recuerdo perfectamente. Aparte de que estuve durante veinticuatro horas casi seguidas tratando de descifrar su contenido, sin lograrlo, por supuesto; y en ese espacio de tiempo, hasta el más zote se aprendería de memoria un párrafo tan corto. ¿Usted la recuerda?

—A trozos, nada más. La oí una vez, cuando me la dictaba el señor Merryl y la repetí al grabarla en su magnetófono. Después, rompí el papel en muchos trozos y los arrojé por el sumidero —Kathy respiró, visiblemente aliviada—. ¡Uf, no sabe cuánto me tranquiliza oírle hablar de esa manera!

Con su vaso en la mano, Morgan empezó a pasearse por la habitación, mientras recitaba de nuevo el mensaje:

—El uno (son dos)

“Habla con el dos (que son tres).

“Y dice:

“Con las ligas del tres (que son cuatro).

“Y los tirantes del cuatro (que son cinco).

“Más tu número por el mío,

“encontraremos la clave, si añadimos

“la resultante de la vertical menos cero seis”.

—¿Entiende usted ese galimatías, señorita Felton?

—No. En absoluto.

—Yo tampoco —confesó él, decepcionado—. En él observo que hay una serie de cifras, clásicas en toda clave, pero lo que me desconcierta en absoluto es que se hable de ligas y de tirantes. Estos pueden referirse a un hombre, pero las ligas, indiscutiblemente, hablan de una mujer.

Se volvió de pronto hacia ella.

—¿Merryman, estaba casado?

—No. Había enviudado un par de años atrás.

—Tenía unos cincuenta y seis años. A esa edad, aún no siendo joven, es lógico pensar que tuviese necesidad de un afecto femenino. ¿Quizá una... una...? Bueno, usted ya me entiende, señorita Felton.

Kathy enrojeció.

—Sí, le entiendo perfectamente; pero he de decirle que todos los aspectos de la vida privada del señor Merryll me son absolutamente desconocidos. No obstante, puedo anticiparle que siempre me pareció un individuo muy circunspecto y morigerado en grado sumo.

—Es posible —movió Morgan la cabeza—. De todas formas, esos individuos circunspectos y morigerados, como usted dice, a veces dan unos chascos terribles. ¿Cómo anda usted de fondos?

—Bueno, mi tío me dejó un par de miles de dólares. El señor Merryman, en su testamento, dejó dispuesto que se me entregasen dos mil quinientos más. ¿Por qué lo dice?

—Cuando haya salido de esta casa, busque a un buen detective y hágale que bucee en el pasado privado de Merryll. Tal vez así sepamos de la existencia de alguna mujer relacionada de algún modo con Merryll y de la cual él no quería que se supiese nada.

—De acuerdo —accedió ella—. Lo haré.

—Ahora, usted, me contestará a unas cuantas preguntas.

—Lo que diga, señor Ellier.

El joven sonrió:

—Llámemme Morgan; es menos protocolario. Dígame, Kathy, ¿a quién pertenece “Villa Flavia”?

—Era de Merryll. Se la mandó construir de ese modo, después de un viaje por Italia. Estuvo en Pompeya y dijo que el paisaje del lugar dónde está enclavada “Villa Flavia” le recordaba mucho el de las villas romanas del golfo de Nápoles. Solo se lamentaba de no tener un Vesubio al fondo, pero, en lo demás, según él, resultaba todo exacto.

—Muy bien. Aclarado este punto, pasemos a las otras preguntas. ¿Por qué me citó usted allí?

—Pensé que sería el sitio menos sospechoso.

—Cuando yo llegué, no había ningún coche. ¿Cómo se desplazó hasta allí?

—Fui en el autobús de pasajeros que hace el recorrido por la costa. Me enteré bien de los horarios y, de no haber vuelto con usted, como eran mis intenciones, hubiese esperado el autobús de vuelta.

—¿Encontró algún automóvil cuando llegó?

—Sí, y por cierto que me extrañó bastante. Entré en la casa y escuché ladridos y un disparo. Me asusté mucho, pero a pesar de todo, quise ver lo que pasaba. Cuando salía al otro lado, el asesino me atacó.

—Entonces, no le vio la cara.

—No.

—¿Se dio cuenta de que Cyrus Eackling estaba muerto?

—Le vi tendido en el suelo. El perro también estaba caído. En ese momento, sentí el golpe y ya no recuerdo más hasta que le vi a usted.

Morgan dio dos o tres paseos por la habitación, mientras aspiraba las

primeras bocanadas de humo de un cigarrillo. De pronto, inquirió:

—¿Sospecha usted de alguien en particular, como posible asesino de Cyrus Eackling?

—No, en absoluto.

—¿Qué impresión le merece Elbert Coslar?

—Un tipo astuto, sinuoso y escurridizo, muy inteligente y capaz de engañar al mismo demonio por una docena de dólares.

—Lo ha retratado usted muy bien —sonrió Morgan—. ¿Cabe que haya sido él quien mató a Eackling?

—No puedo decírselo, pero no pondría la mano en el fuego por su inocencia.

De pronto, Morgan recordó una cosa que se le había pasado por alto.

—No comprendo por qué tanto interés en esa fórmula, si luego no la van a poder explotar comercialmente. ¿Quién registró la patente?

—Supongo que Merryl —respondió Kathy—. Mi tío se fiaba de él absolutamente en los asuntos financieros.

—Habrá que enterarse en la oficina de patentes. Que lo haga también el detective de que le hablé antes.

—De acuerdo. ¿Qué hará usted mientras tanto? —quiso saber la muchacha.

—Mi querida señorita Felton, da la casualidad de que necesito trabajar para comer y que, aun sintiendo vivos deseos de ayudarla a usted, tengo algunos compromisos que no me es posible desatender. Usted puede encargarse del detective y cuando tenga en las manos todos los informes, venga a verme. ¿Me ha comprendido?

Morgan ya le había explicado anteriormente todo lo que le había pasado desde que “Media Ceja” y Abe le hicieron la primera visita. Ahora, Kathy sabía ya por qué el joven estaba enterado de tantas cosas.

—De acuerdo Le llamaré por teléfono así que sepa algo.

Se puso en pie.

—Antes de irse —rogó Morgan— dígame usted las cualidades de esa nueva fibra que, por lo que veo, debe ser la última maravilla en cuestión de tejidos.

—Verá —contestó ella—. Según lo poco que he podido escuchar, es elástica e incombustible y, por supuesto, inarrugable. Tiene una duración prácticamente ilimitada, es terriblemente resistente al roce y al desgaste, y un hilo de medio milímetro puede soportar impunemente decenas de kilos de peso. Colocada en varias capas de dos o tres milímetros de grosor, puede constituir una suela para zapatos de duración casi eterna. Si se aumenta el espesor y se varía ligeramente la composición molecular, constituye un blindaje excelente, lo cual, para usos militares, dada su ligereza, la hace sumamente útil; los chalecos blindados que ahora se usan son pesados y enormemente incómodos... Es porosa, térmica, quiero decir

que conserva el calor en invierno y resulta fresca en verano... ¿Qué más podría decirle?

—Nada —contestó él con una sonrisa—, salvo que parece *le dernier cri* en cuestión de fibras artificiales.

—Desde luego —afirmó Kathy, sin sombra de duda en su voz.

Al quedarse solo, Morgan se sirvió una nueva dosis de licor. Sentóse en un diván y reflexionó largamente.

Pasó una hora. Al cabo de dicho tiempo, se levantó dirigiéndose hacia una mesita situada en un rincón, donde tenía una máquina de escribir. Levantó la tapa metálica, insertó una cuartilla en el rodillo y, después de sentarse, empezó a teclear.

Estuvo escribiendo durante quince o veinte minutos, con frecuentes intervalos para meditar y consultar lo ya escrito. Cuando terminó, releyó completamente el resultado de sus análisis mentales:

1.º — Joe Felton encuentra la fórmula y, tras las pruebas correspondientes, se la entrega a Merryman Merryl.

2.º — M. M. decide que sus cuatro socios no son dignos de compartir con él la fórmula y se la guarda para sí. Procedimiento irregular, desconfianza, codicia... ¿acaso un desquite contra los cuatro socios?

3.º — Dicta la fórmula a K. F. y muere. ¿Asesinado tal vez? Muerte muy oportuna. Averiguar causas.

4.º — Alguien quiere apoderarse de la fórmula. Visitas de “Media Ceja” y Abe y posterior de E. Coslar. Lógico suponer que E. C. sabía que K. F. poseía la fórmula, dado que ella era secretaria personal de M. M. y sobrina de J. F.

5.º — E. C., ¿actúa por su cuenta o por orden de los cuatro socios restantes?

6.º — C. Eackling muere asesinado. ¿Qué hacía en *Villa Flavia*? ¿Quién lo citó allí?

7.º — ¿Piensa dedicarse E. C. a liquidar a los tres socios que quedan? Procedimiento absurdo si: a) La patente está registrada, en cuyo caso no le sirve de nada y b), sí, en caso contrario, no puede hallar la fórmula, al no tener la clave.

8.º — El procedimiento anterior puede ser efectivo si todos los demás socios mueren. Pero existen los inconvenientes de posibles herederos que lo serían de todos los bienes que dichos socios posean, incluida su parte de la fórmula.

9.º — E. C. puede estar de acuerdo con alguno de los otros socios. O con uno solo... o bien, solo trata de apoderarse de la fórmula mediante la intimidación y el soborno, pero no es capaz de llegar a procedimientos que incluyan la eliminación física.

10.º — En tal caso, ¿quién puede ser el asesino? Quedan tres socios.

¿No sería conveniente estudiar sus reacciones mediante entrevistas personales?

11.º — K. F. puede ser una simuladora. ¿Quién citó a E. C. Eackling en *V. Flavia*? ¿K. F. le asesinó, fingiendo luego ser atacada por un criminal inexistente?

Siguió reflexionando durante unos minutos. Luego escribió:

12.º — ¿Presentía M. M. su muerte? Actitud incomprensible en otro caso, dado que los abogados de la empresa podrían haberse encargado del registro de la patente. Posible sugerencia: No tuvo tiempo. Comentario: ¡Es un asunto de todos los diablos!

CAPÍTULO VI

Los periódicos armaron bastante jaleo con la muerte de Cyrus Eackling. Morgan los leyó todos, sin extraer ninguna consecuencia más que pudiera ayudarle en lo que ya conocía.

No quiso presentarse a la policía para declarar, dado que sus manifestaciones, salvo comprometer a Kathy, no hubieran servido prácticamente de nada. Y aunque consideraba que la muchacha, en estricto sentido, no estaba totalmente libre de sospechas, prefería pensar en otros como posibles autores de la muerte de Eackling.

Tres días más tarde, sonó el teléfono de su despacho. Levantó el auricular.

—Morgan Ellier —dijo.

—Soy Kathy. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Noticias?

—Una: La vida privada de Meryll era intachable. No se le conocían devaneos ni líos amorosos. Dos: La patente no fue registrada.

Morgan silbó:

—Esto introduce nuevos elementos en el problema. Tendré que dedicarme a analizarlos.

—Hágalo por cuenta de mi tío. El pagará sin rechistar su factura. Entre tanto, yo estoy en condiciones de hacerle un anticipo, si lo necesita.

—Gracias por la oferta —respondió Morgan—. Acostumbro a percibir mis honorarios cuando termino el trabajo. Aunque de antemano le advierto que no tienen nada de módicos.

—El hallazgo de la fórmula lo valdrá —manifestó ella.

—Celebro que se lo tome así. No sabe lo que protestan a veces los clientes, cuando reciben mi cuenta. A propósito, ¿de qué murió Meryll?

—Infarto de miocardio.

—Una enfermedad común y fatal, en los atareados hombres de negocios que han rebasado el medio siglo. ¿Le vio usted después de muerto?

—Sí. Unos minutos tan solo. Me marché enseguida. Era muy bueno. No pude soportarlo, créame.

—Desde luego. Otra cosa: ¿Dónde está enterrado?

—En *Villa Flavia*. Siempre decía que era un lugar ideal para dormir el sueño eterno, bajo el sol y frente al mar.

—Yo no vi su tumba —dijo Morgan, bastante sorprendido.

—Está a unos sesenta o setenta pasos de la piscina —contestó ella—. Es un sencillo mausoleo... Bien, enseguida se advierte para qué sirve el

monumento.

—Gracias.

—¿Ha obtenido usted algún resultado de sus deducciones, por ahora?

—No. La llamaré cuando crea haber conseguido algo. Por cierto, todavía ignoro su dirección y número de teléfono.

—Se los daré ahora mismo. Figuro en la guía, pero me he cambiado; usted comprenderá los motivos. Anote... ¡Oh! —rio Kathy argentinamente —, olvidaba que tiene usted memoria de elefante.

—Sin insultar, preciosa —contestó él, riendo también.

Cuando terminó la conversación, encendió un cigarrillo y reflexionó durante algunos minutos. Ciertamente, Merryman Merryl había sido un sujeto excéntrico al mandarse construir la villa romana, lo cual no le había impedido portarse también como un sujeto ambicioso y sin escrúpulos al tratar de quedarse la fórmula para sí mismo, excluyendo a sus socios de los posibles beneficios de la explotación.

Esto le llevó a la amarga conclusión de que no estaba obrando rectamente al proteger así a la muchacha, no por ella misma, sino porque el comportamiento de Merryl no había sido todo lo leal que sus socios tenían derecho a esperar. Ya se lo había expresado así a la propia Kathy, aunque ella había insistido que, al ser pagada directamente por M. M., era a este a quién debía fidelidad y no a los socios restantes.

El dilema que se le planteaba entonces era: ¿Pagaba M. M. también de su bolsillo los trabajos de toe Felton? En tal caso, podía alegarse que la fórmula le pertenecía. Pero un abogado sutil pleitearía sobre la base de que los experimentos que habían conducido a la obtención de la fórmula habían sido realizados en los laboratorios y con el material y enseres de la “Bender & Merryl”, y que, por lo tanto, si no todos los beneficios, parte, por lo menos, correspondían a los socios en una proporción que un juez competente se cuidaría de establecer.

De todas formas, Merryl no había tenido tiempo de disfrutar de tales beneficios, ya que había muerto apenas hallada la fórmula y sin tiempo para patentarla. Ello le condujo a la conclusión de que cabía la posibilidad de que el infarto de miocardio no fuese sino la capa que envolvía un crimen precedente al de Cy Eackling.

El teléfono sonó de nuevo.

—¿Señor Ellier? —dijo una voz desconocida para él.

—El mismo.

—Soy James Pennee, directivo de la “Brender & Merryl” —Morgan se atiesó en el asiento al oír aquellas palabras—. Tengo necesidad de concertar una entrevista urgente con usted, señor Ellier.

—Puede acudir a mí despacho cuando quiera, en la seguridad de que será atendido en el acto, señor Pennee —contestó el joven, cortésmente—. Mientras tanto, ¿puede anticiparme de qué se trata?

—Preferiría hablarle personalmente —alegó el hombre.

—Sin duda —dijo Morgan reposadamente—, se trata de algo referente a una fórmula de cierta fibra que va a revolucionar el mundo de los tejidos, ¿no es eso?

A través del hilo telefónico, Morgan pudo percibir la tensión que se había apoderado del individuo.

—No deseo comentar ciertos asuntos por teléfono —dijo Pennee, secamente—. ¿Cuándo puede usted recibirme?

—En el momento que lo desee, señor Pennee. Mi puerta está abierta siempre. Basta empujarla y entrar. ¿Sabe ya dónde tengo mi despacho?

—Desde luego. Estaré ahí dentro de quince minutos. ¡Ah! y llevaré encima un cheque certificado por el “First National Bank” por valor de treinta mil dólares. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—No, pero ya me lo explicará usted cuando nos entrevistemos —dijo Morgan.

Y colgó el teléfono.

La conversación con Pennee prometía ser interesante. Ahora empezaba a comprender a Merryl por no haber querido compartir la fórmula con sus socios. No aprobaba su procedimiento, por supuesto, pero los otros eran también unos voraces tiburones de los negocios, que pretendían quedarse con una serie de números y letras, que posiblemente cabrían en un par de cuartillas, mediante los cuales podrían entrar en posesión de una fabulosa fortuna.

Meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Lo que hace la ambición de poseer más dinero —murmuró, sintiendo una gran decepción por el comportamiento de ciertos ejemplares de la fauna humana.

Se enfrascó de nuevo en su trabajo. Pasaron unos minutos.

Al cabo de un tiempo, levantó la cabeza, sobresaltado. Consultó el reloj; ya habían transcurrido con cierto exceso los quince minutos indicados por Pennee.

Se mordió los labios. Una oscura aprensión, una especie de sombrío presentimiento invadió su ánimo.

¿Por qué tardaba tanto James Pennee?

De pronto oyó el ruido de la puerta al abrirse.

Se puso en pie, impulsado por un instinto que no habría sabido definir y salió al encuentro de su visitante. Pennee estaba detenido en el centro del vestíbulo y le contemplaba con una rara expresión pintada en su rostro.

El hombre abrió y cerraba los labios convulsivamente, como si quisiera decir algo. Al mismo tiempo, parecía que buscara aire para unos pulmones escasos del aire vital.

Unos sonidos brotaron de la boca de Pennee.

—Merr...

Súbitamente, se venció hacia adelante y quedó tendido de bruces, con las manos engarfiadas sobre el pavimento. Pateó un poco y murió, mientras en su espalda se ensanchaba lentamente la mancha roja causada por la sangre que brotaba de la herida abierta en ella por un puñal, que aparecía clavado en la carne.

La policía, el forense, los camilleros y los periodistas, se habían ido ya. El tumulto había cesado.

Morgan declaró falsamente. Se reprochó a sí mismo por actuar de aquella manera, pero ahora, más que nunca, tenía interés en hallar la solución por sí solo.

Llamó a Kathy por teléfono.

—¿Ha oído usted la noticia? —preguntó—. Me imagino que las estaciones de radio habrán emitido un boletín especial.

—No. Lo siento. Aunque le parezca mentira, estaba trabajando en algo que no es muy corriente en una mujer. Tejía un *pullover* y... Morgan, ¿qué ha sucedido?

—James Pennee ha sido asesinado —manifestó él brutalmente, con plena deliberación, a fin de observar las reacciones de la muchacha.

Kathy calló durante algunos segundos.

—¿Kathy? —llamó él.

—Sí... no he colgado —respondió ella con voz trémula—. Dios mío, la noticia me ha dejado anonadada. ¿CÓO... cómo se ha enterado usted?

—Pennee me anunció su visita —repuso Morgan—. Alguien debió espiar sus movimientos, le siguió hasta mi despacho y en la puerta le clavó un puñal.

—¡Qué horror! —se estremeció Kathy.

—Ciertamente, no ha tenido nada de agradable. Y ello me hace dudar sobre si estoy haciendo bien en no entregar el mensaje a los dos socios supervivientes de la firma.

—¡No! —protestó ella con singular vehemencia—. ¡El señor Merryl me lo prohibió terminantemente!

—Fue una prohibición ilegal, a mí entender —arguyó Morgan—. Si no a todos, estimo que los socios tenían derecho al menos, a parte de los beneficios. Conozco el mensaje, usted lo sabe; si encuentro el lugar dónde está escondida la fórmula, la entregaré a los socios supervivientes, pese a lo que Merryl haya podido disponer en contra.

Kathy pareció resignarse.

—Supongo que no podré hacer nada para evitarlo, Morgan.

—No. Y, además, haciéndolo así, es muy posible que la libre a usted de una acusación de complicidad en dos homicidios.

—¿Cómo es posible tal cosa? —exclamó Kathy con singular vehemencia

—. ¡Yo no tengo nada que ver con esos asesinatos y usted lo sabe muy bien!

—Temo que la policía, cuando conozca todos los datos, piense de muy distinta manera.

—¿Por qué? —quiso saber ella, sumamente intrigada por las enigmáticas palabras del joven.

—Dígame una cosa: ¿está segura de que Merryman Merryl murió?

—¡Por Dios! ¿Cómo puede dudar una cosa semejante?

—No haga comentarios y responda a mis preguntas. Dijo que vio su cadáver. ¿Asistió también al entierro?

—Sí. Fuimos solo los más íntimos... Sus cuatro socios por supuesto. Mi tío ya estaba en Europa, así que no se le puede implicar en este desagradable asunto, Morgan.

—No pensaba en su tío al formularle semejantes preguntas, sino en usted, Kathy. Verá, en el momento de morir, Pennee pudo articular un par de sílabas... las primeras del nombre o el apellido, tanto da, de Merryman Merryl. Eso me hace suponer que Merryl continúa vivo y que su infarto de miocardio no fue más que una hábil ficción que engañó a todo el mundo, ¿comprende?

Colgó antes que Katty pudiera responderle.

CAPÍTULO VII

Morgan Ellier detuvo el coche, cerró el contacto y echó el freno de mano, contemplando pensativamente el otro automóvil que había detenido frente a la puerta de acceso a “Villa Flavia”.

Al cabo de unos momentos de indecisión, abrió la portezuela y saltó al suelo, llevando consigo una bolsa de lona, en la que había algunas herramientas que había estimado precisas en la labor que pensaba realizar. No tenía otras armas que sus puños, por lo que descorrió la cremallera del cierre y sacó de la bolsa una barra de hierro de unos sesenta centímetros de longitud y dos de grueso. En caso necesario, podría servirle como arma defensiva de devastadores efectos.

Confío en no tener que utilizarla, aunque dadas las circunstancias, convenía estar prevenido en todo momento. Se había puesto unas zapatillas de tenis para hacer menos ruido, pese a lo cual, la gravilla crujía tenuemente bajo sus ochenta y cinco kilos de peso.

Avanzó hacia la puerta, que encontró abierta, lo mismo que días antes. Le extrañó que una posesión de tanto valor estuviese sin los cuidados de un vigilante nocturno. ¿Era que a los albaceas testamentarios de Merryl no les importaba lo que pudiera suceder en la villa?

Caminó a lo largo del sendero. La luna brillaba en todo su esplendor aumentando la belleza del jardín romano. Poco más tarde, entraba en la casa.

Llegó al patio central. De pronto, todo su cuerpo quedó rígido.

El agua brotaba del surtidor con chorros que parecían de diamantes líquidos al recibir la luz del satélite y al caer, producía un rumor agradable de escuchar. Al otro lado del estanque, divisó una puerta entreabierta, por la cual salía el resplandor de una lámpara encendida.

Protegiéndose por las columnas del peristilo, dio la vuelta al patio y se acercó silenciosamente a la puerta. Antes de mirar, escuchó unos instantes, sin percibir ningún ruido sospechoso.

Empujó ligeramente la puerta y observó la estancia. Tratábase de un saloncito, con un diván en ángulo que cubría dos de los muros. El bar que había a la izquierda de la entrada tenía muy poco de romano.

Sobre el mostrador divisó un par de platos, con restos de comida extraídos de unas latas, que estaban un poco más separadas. Vio también una botella de cerveza a medio consumir y, en un plato, varias piezas de fruta fresca.

Las sospechas de que Merryl había fingido su muerte se hicieron más concretas, hasta adquirir el carácter de una casi total certidumbre. La

muerte de Pennee era una prueba más que venía a confirmar sus sospechas.

Para Morgan, varias cosas empezaban a adquirir una notable claridad: 1.^a: La fórmula no pertenecía totalmente a Merryl. 2.^a: Sabía que sus socios podían reclamarle parte de sus beneficios, ya que las investigaciones, aun pagadas con su propio dinero, habían sido efectuadas en los laboratorios de la empresa, con material y enseres de la misma. 3.^a: En tal caso, le convenía quedar como único superviviente, a fin de no repartir con nadie, salvo el porcentaje legal estipulado con Joe Felton previamente, los descomunales beneficios que podía producir la fabricación de un tejido semejante. 4.^a: Un hombre muerto no podía ser un asesino, *ergo* quedaría libre de toda sospecha, cargándoselas, por ejemplo, sobre las costillas de E. Coslar, quien, por otra parte, también pretendía hacerse con la fórmula sangrienta. 5.^a: Cuando todos sus socios hubiesen muerto, él surgiría en otra parte, con un nombre nuevo o acaso utilizando un testaferro, y disfrutaría lindamente de los beneficios obtenidos al precio de la vida de cuatro personas.

Había, por lo tanto, dos individuos en riesgo inminente de morir. Posiblemente, tanto Peter Cross como Steve Haprist se habrían dado cuenta ya de que había alguien dispuesto a eliminarlos, por lo que tomarían sus precauciones para sobrevivir. De todas formas, una vez terminase su exploración en la villa, regresaría para ponerles sobre aviso.

Abandonó la estancia y salió de nuevo al patio. Atravesó el corredor y llegó a la piscina. Kathy le había dicho que Merryl estaba enterrado en el mausoleo que se había mandado construir y que se hallaba a unos sesenta o setenta pasos de la piscina.

Merryl debía haber oído el ruido del automóvil o, por lo menos, los pasos de la persona que había llegado en el coche antes que él y se había visto obligado a suspender precipitadamente su cena. ¿O acaso el que había llegado era su cómplice y, en tal caso, eran dos los que se habían escondido de él?

Caminó rápidamente hacia el mausoleo, el cual se hallaba en la parte más alta de la colina donde estaba emplazada la villa. A los treinta pasos divisó una silueta cúbica, que le pareció tendría unas dimensiones de cuatro o cinco metros de largo, por tres de ancho y dos de alto, aproximadamente.

Era una sencilla construcción en mármol blanco, que espejeaba bajo la luz de la luna, cerrada por una puerta de un material más oscuro, que no supo identificar por el momento. Cuando se hallaba más cerca, divisó la silueta de una persona agachada junto a la puerta.

Empuñó la barra con fuerza. Así, pues, el coche que había visto a su llegada no pertenecía a ningún cómplice de Merryl, lo cual no significaba que no los tuviera. La persona que se hallaba ante la puerta había llegado

a su misma deducción: Merryl había fingido su muerte.

Tan entretenida estaba aquella persona, intentando forzar la puerta del mausoleo, que no se percató de su presencia, hasta que Morgan le apoyó la barra en el centro de la espalda.

—Si se mueve, dispararé —habló en voz baja, pero de tonos truculentos.

Sonó una exclamación de asombro, procedente de unos labios femeninos. Morgan se asombró también, maldiciéndose en su interior al no haber sido capaz de suponer que aquella persona no podía ser otra que la muchacha.

—Debió avisarme de sus intenciones —gruñó, retirando la barra—. ¿Por qué no me lo dijo?

Ella se incorporó y se volvió hacia él, en actitud desafiante.

—Deseaba hacerle ver su equivocación —contestó.

—¿Mediante una declaración de que había estado aquí y que había visto el cadáver de Merryl en su sepultura? —dijo Morgan sarcásticamente—. Vamos, apártese a un lado; yo abriré la puerta.

Dejó la bolsa de las herramientas en el suelo y se arrodilló.

—¿Estuvo en el saloncito? Hay allí restos de comida —manifestó—. Merryl permanece escondido durante el día y por la noche sale a comer —se echó a reír.

—¡Hay que ver las cosas que son capaces de hacer algunas personas por dinero!

La puerta era de sólida madera de roble bien curado y tratado, además, con aceites especiales para su mejor conservación. En cambio, la cerradura no era del otro mundo, según pudo comprobar al segundo intento, cuando la hizo saltar con la barra.

Empujó la puerta. Inclinandose, extrajo de la bolsa una linterna, con lo cual alumbró el interior del mausoleo.

El féretro, de madera caoba, con herrajes dorados, estaba en el centro, sobre un túmulo de mármol, a cuyo pie se veía una inscripción con el nombre del ocupante y las fechas de sus nacimiento y defunción. Para llegar al suelo del mausoleo, era preciso descender cuatro peldaños de mármol.

—Usted dijo que Merryl era un tipo morigerado —habló Morgan al cabo de unos momentos.

—En efecto.

—Eso sugiere la idea de que amaba mucho a su mujer, cuando, según los informes detectivescos, no ha buscado el afecto de otra ni aun en el aspecto mercenario.

—Sí, la quería mucho. Su muerte supuso un duro golpe para él.

—Entonces, ¿por qué no hizo que le enterrasen junto a su esposa? ¿No le parece que, en su caso, cualquiera habría manifestado deseos de

descansar junto a los restos de la mujer amada?

—Si se molesta en mirar —contestó Kathy heladamente—, verá en el extremo opuesto aquella especie de ánfora romana. No es un objeto de decoración, sino que está destinado a contener las cenizas de la señora Merryl. La esposa de mi jefe deseó que su cuerpo fuese incinerado después de su muerte.

—¿Y él, por qué no quiso imitarla?

—Su confianza conmigo no llegaba a tanto.

—Muy bien. Entonces, terminemos de comprobar nuestra teoría.

Se acercó al ataúd, dispuesto a forzar la cerradura. Entonces, al iluminarla con la linterna, vio que estaba abierta.

Levantó la tapa sin titubeos. El féretro estaba vacío.

Prodújose una larga pausa de silencio. La muchacha respiraba afanosamente, mientras con los ojos fijos contemplaba el vacío del ataúd.

—Salgamos —dijo de pronto con voz ronca.

El aire parecía mucho más puro y fresco fuera del lúgubre sitio. Morgan se dio cuenta de la alteración de la muchacha y, discretamente, dejó que Kathy se recobrase por sí misma de la enorme impresión sufrida.

—Nunca hubiese creído que el señor Merryl fuera capaz de portarse de semejante manera. Ya estaba acercándose a la ancianidad; tenía más dinero del que podía gastar... ¿por qué empeñarse en ganar varios millones que no podían servirle ya para nada? —dijo Kathy en tono quejumbroso.

En tono reflexivo, Morgan contestó:

—Cada hombre es un mundo distinto. Tal vez no lo hizo estrictamente por el dinero, sino por el despecho, envidia o rencor hacia sus colegas.

—¡Pero entonces no tiene sentido que los mate! —contradijo ella con gran vehemencia.

—Cuando le encontremos, sabremos exactamente los motivos. De todas formas, lo que de ningún modo tiene sentido es que le diese a usted la clave para hallar la fórmula. Si pensaba fingir su muerte, y cuidado que tuvo que hacer las cosas bien para engañar a todo el mundo, no era preciso que escondiese la fórmula en un lugar solo de el conocido. Esto es algo que, vista la situación, me parece una cosa absolutamente incomprensible.

Kathy se pasó una mano por la frente. Su silueta, jersey y pantalones negros, muy ceñidos, destacó con finas líneas bajo la luz de la luna.

—No lo sé —dijo con voz fatigada—. Yo tampoco lo comprendo, créame. Después de esto, lo que más necesito es regresar a casa y descansar.

—Muy bien. Es algo que me parece muy lógico —Morgan no quiso decirle que al día siguiente se entrevistaría con los dos socios supervivientes, pero antes les diría que Merryl continuaba vivo. Tal vez Cross y Haprist supiesen algo que podría ponerle sobre la nueva pista.

Aunque la mejor pista, en las actuales circunstancias, era encontrar a

Merryl.

Acompañó a la muchacha hasta la entrada del sendero que conducía a la tapia. Ella se extrañó de que Morgan no siguiese adelante.

—Yo me quedo —respondió él—. Voy a registrar la villa de arriba abajo.

—Llámemme mañana por teléfono, apenas sepa algo.

—De acuerdo.

Morgan permaneció allí, hasta que escuchó el rumor de un automóvil que se ponía en marcha. Después, entró en la casa nuevamente.

Cuando alcanzaba el acceso al patio de las columnas, un objeto duro y contundente cayó sobre su cabeza con terrorífico impacto, sumiéndole en un desvanecimiento total.

CAPÍTULO VIII

Despertó mucho más tarde, sintiendo dentro de la cabeza un ruido semejante al que se oye al aplicar la oreja a una caracola de mar. Durante un buen rato, permaneció en una especie de semiinconsciencia que le impedía reaccionar debidamente, hasta que, de pronto, sintió un chorro de agua en las piernas.

La frialdad del líquido despejó en buena parte las brumas que cubrían su cerebro. Entonces se dio cuenta de que el fragor de las olas no provenía del interior de una caracola, sino que era real y auténtico.

Intentó moverse y se percató de que estaba atado de pies y manos. Una ola rompió de pronto contra la roca en que se hallaba tendido y volvió a mojarle las piernas.

Levantó la cabeza y vio que estaba en el fondo de una caverna marina, de regulares dimensiones, cuya entrada estaba batida constantemente por el oleaje. De cuando en cuando, un golpe de mar más fuerte que los restantes, irrumpía en la oquedad y alcanzaba a mojarle.

Comprendió las intenciones de Merryl. Creyéndole un adversario de cuidado, lo había llevado allí, atado después de desvanecido, a fin de que, cuando subiese la marea, pereciese por asfixia. Luego, las olas arrastrarían su cuerpo mar adentro, y cuando apareciese, los peces se habrían encargado de dejarle irreconocible.

Se estremeció al pensar en la perspectiva que le aguardaba. Quiso soltarse las ligaduras, pero halló que le resultaba imposible; no se trataba de unas cuerdas comunes, sino de anchas tiras de esparadrapo que le ceñían sólidamente muñecas y tobillos.

De súbito, cuando menos lo esperaba, percibió una voz humana a pocos pasos de distancia.

—¿Qué tal se siente sobre la roca, atado como un salchichón?

Aunque la voz sufría ciertas distorsiones al retumbar bajo las bóvedas de roca, supo reconocerla al instante.

—No muy bien, señor “Media Ceja” —contestó—. ¿Le resultaría muy molesto soltar mis ligaduras y dejarme libre?

—El jefe ha dicho que no —contestó “Media Ceja” con acento plácido—. Bueno, es un no que no es del todo un no, o sea que puede convertirse en un sí, si usted quiere decir que sí.

—Eso que acabas de decir parece una charada, Jeb. ¿No te llamas así?

—Ciertamente. Jeb Arphad... pero el jefe ha dicho que usted es un tipo muy inteligente y que sabría descifrar esa adivinanza.

—Desde luego —contestó el joven pensativamente—. Tu jefe ha dicho

que no me sueltes, a menos que yo hable, ¿verdad?

—¡Ajá! —contestó el rufián desde un punto sitúa de donde el joven no podía verle.

—Lo cual significa que yo tengo que decirte el mensaje que me confió la señorita Felton.

—O. K.

—Después de lo cual, tú me darás un golpe en la cabeza y me arrojarás al mar.

“Media Ceja” calló. Morgan supo así que sus palabras encerraban la verdad.

Tanto si hablaba como si no, el jefe al cual aludía Arphad, y que opinión del joven, no podía ser otro que Elbert Coslar, había ordenado su desaparición. Arphad especulaba con sus lógicas ansias de vivir para obligarle a hablar.

Pero una vez que lo hubiese hecho, confiando en su palabra de quedar libre, Jeb lo arrojaría al mar, después de haberle atontado con un golpe en la cabeza.

—Muy bien —dijo, en vista del silencio del individuo—, puesto que no tenga garantías de que voy a quedar vivo, prefiero callar.

—Yo creo que le convendría hablar. Dentro de dos horas, la marea habrá anegado la cueva por completo —dijo el rufián.

—Muy bien, esperaré.

La actitud del joven desconcertó a Arphad.

—Si de mí dependiese... —gruñó. De repente, se puso en pie—. Volveré dentro de poco. Quizá cuando se vea un poco más mojado, rectifique su forma de pensar.

—Lo dudo mucho —contestó Morgan tranquilamente—. Anda, ve y consúltale a tu jefe sobre lo que tienes que hacer. ¿Verdad que no esperabas que yo mantuviese la boca cerrada?

—Mire —dijo Arphad arrodillándose a su lado—, ¿de qué le sirve callar? Usted no va a sacar ningún beneficio si mantiene el pico prieto, aunque yo le deje libre después. Este es un asunto de millones y a mí me tocará un regular pellizco. Se lo digo en serio, de hombre a hombre. Sí, es cierto que el jefe me ha encargado que le liquide, pero, mire, usted me ha caído simpático y me disgustaría que un chico tan listo como usted acabase comido por los cangrejos. Usted habla, me cuenta todo lo que sabe y yo corto las tiras de esparadrapo. Luego ya me las arreglaré yo con el jefe, no se preocupe.

—Eres tú el que tienes que preocuparte, Jeb —contestó el joven—. ¿Te parece que tengo pocas preocupaciones en la situación que estoy?

Arphad movió una mano con gesto de enojo.

—Vamos, hombre, no sea terco. Hable y...

—Primero, empieza por cortar las tiras adhesivas. Después, ya veremos

qué ocurre —le interrumpió el joven.

—¡Oh, no, en absoluto! —protestó el rufián—. De usted no me fiaría yo, ni tanto así con las manos sueltas. Usted sabe manejar los puños, ¿comprende? Pero si me cuenta todo lo que sabe...

—¿Y cómo sabe tu jefe que yo conozco ese mensaje? —preguntó Morgan súbitamente.

—Verá, él es un tipo listo, aunque, a decir verdad, no tanto como usted. Él ha buscado el mensaje y sabe que la chica lo grabó, pero usted o lo ha borrado o ha escondido la cinta. En cualquiera de los dos casos, usted lo conoce perfectamente, porque conoce su profesión y sabe que se necesita una memoria excepcional. Por lo tanto, a usted ya no le hace falta para nada la maldita cinta. Dentro de su sesera, ese mensaje está tan seguro como si se hubiesen hecho un millón de copias, ¿comprende?

Morgan sonrió en la oscuridad de la cueva.

—Comprendo porque soy el interesado. Pero no hablaré, Jeb. Así que ve a telefonar a tu jefe y pídele instrucciones. Ah, no te olvides de decirle que la marea sube dentro de dos horas.

“Media Ceja” soltó un bufido de enojo. Luego, incorporándose por segunda vez, desapareció de la vista del joven.

Al quedarse solo, Morgan se sentó en el suelo. Tenía los tobillos y las muñecas prietamente ligados por una serie de tiras de cinta adhesiva de cinco centímetros de ancho, pero que ocupaban al menos diez o doce, debido a las numerosas vueltas que habían dado en torno a sus miembros, a fin de impedirle la escapatoria. No obstante, dejó que una sonrisa vagara por sus labios al estudiar su situación.

“Media Ceja” había cometido un error al no ligarle las muñecas a la espalda. Inclinando el torso hacia adelante cuanto pudo, logró tocar los tobillos con las yemas de los dedos.

Sin embargo, la postura era muy difícil y le resultaba imposible despegar las tiras de esparadrapo, ya que los terminales estaba en la parte posterior y hasta allí no llegaban sus dedos. Podía tocar la cinta adhesiva, pero le resultaba imposible hacer nada más por librarse.

Reflexionó durante unos minutos. El plan era arriesgado, pero merecía la pena ponerlo en práctica. No podía fiarse demasiado de la pretendida blandura de Arphad. Tal vez había sido sincero al hablar de aquella manera, o acaso había pretendido solamente ganarse su confianza, para luego lanzarle al agua, sin cumplir su palabra.

Se contorsionó sobre sí mismo, quedando de bruces. Una ola le golpeó el rostro, cegándole durante unos momentos. A continuación, ayudándose con los codos y las rodillas, empezó a raptar hacia la orilla.

Tenía la seguridad de que no debía hallarse muy lejos de la villa. En tal caso, Arphad había vuelto allí para telefonar a Coslar. Tardaría una media hora o cuarenta minutos entre ir y volver. Pensó que podría tener tiempo

para ejecutar su plan totalmente.

El suelo falló de pronto y cayó al agua espumeante. Una ola le arrojó contra las rocas y el golpe le hizo ver todas las estrellas. El reflujo consiguiente le sacó ya fuera de la cueva por completo.

Nadó precariamente, con las manos y los pies ligados. De cuando en cuando, tenía que suspender su labor para dar un enérgico taconazo y emerger a la superficie a fin de tomar aire. Al fin, consiguió acercarse a una roca saliente y puntiaguda, a una de cuyas prominencias se asió con los dedos.

Soportó estoicamente los embates del oleaje. Un golpe de mar algo más fuerte que los demás, le levantó sobre su cresta, colocándole casi en el vértice de la roca. Tanteó con los pies y consiguió encontrar un punto de apoyo.

Entonces estiró los brazos y, tras algunos intentos, consiguió encontrar un saliente afilado que hizo pasar por la doble curva que formó al ahuecarlos. Buscó la parte más propicia y empezó a frotar la tela adhesiva contra el filo rocoso.

Tardó casi veinte minutos en cortar el esparadrapo. Cuando concluyó, se sentía fatigado en extremo.

Esperó unos momentos, hasta que hubo recobrado el ritmo de su respiración. Luego, agarrándose con una mano a la roca, se agachó y con la otra empezó a soltar las tiras que unían sus tobillos.

Minutos más tarde, estaba completamente libre. Quiso consultar la hora, pero el agua había parado su reloj. No obstante, por la posición de la luna en el cielo, dedujo que la medianoche había quedado atrás hacía mucho rato.

Llegar a la orilla le resultó ahora más fácil. Cuando puso el pie en tierra firme, se sintió completamente aliviado, aunque notaba dolores en distintas partes de su cuerpo, debidos a los golpes que había recibido contra las rocas.

Buscó el lugar por dónde suponía debía regresar Arphad. Calculó que la gruta debía tener un túnel que la comunicaba con el exterior; “Media Ceja” había regresado a la villa por un punto situado a sus espaldas, que él no había conseguido divisar.

Esperó cosa de treinta minutos. Estaba empapado de agua y ansiaba cambiarse de ropa, pero no quería marcharse sin antes haber cambiado unas palabras con el rufián.

Al cabo oyó ruido de pisadas. Se agazapó tras un matorral, contemplando la silueta del rufián, que se destacaba nítidamente contra la luz de la luna. Arphad caminaba tranquilamente, silbando una alegre cancioncilla, con una inconsciencia total de lo que le aguardaba a unos metros de distancia.

Morgan le dejó pasar. Cuando el forajido le hubo rebasado un par de

pasos, saltó sobre él y, pasándole un brazo por el cuello, le inmovilizó por completo, impidiéndole la respiración con la presión del miembro sobre su garganta.

Su mano derecha entró en la chaqueta del rufián, apoderándose de la pistola. Una vez lo hubo conseguido, le dejó libre.

Enormemente sorprendido, Arphad se volvió. Entonces, Morgan le golpeó duramente con el puño izquierdo en el estómago. Cuando el rufián se dobló sobre sí mismo, Morgan levantó el antebrazo derecho y lo hizo chocar contra la mandíbula de su antagonista.

Arphad cayó de espaldas, jadeante y sin aliento, aunque con todos los sentidos. Morgan se acuclilló a su lado y le apuntó con la pistola.

—Bueno, amiguito —dijo—, esto se ha acabado. Como broma, ya ha dado de sí lo suficiente. Pasemos ahora a la parte seria, ¿no te parece?

“Media Ceja” le miró sorprendido. Luego, incorporándose sobre un codo, se tanteó la mandíbula.

—Amigo —se quejó—, vaya manera de pegar.

—Han sido unos golpes, solo al cincuenta por ciento —dijo Morgan—. De haber empleado toda mi fuerza, habrías estado durmiendo durante un par de horas, y no me conviene perder tanto tiempo. ¿Trabajas para Coslar?

Arphad ladeó la cabeza y soltó un escupitajo.

—¡Diablos, sí! ¿Para qué serviría negarlo?

—Ya sé que Coslar no te habrá comunicado muchos de sus secretos, pero hay uno que no puedes ignorar en modo alguno. Me refiero al domicilio.

—North Road, setecientos veinticinco.

El joven se extrañó. Arphad se mostraba muy ansioso de cooperar. ¿A qué se debían las facilidades que le estaba dando?

—Muy bien —dijo, blandiendo amenazadoramente la pistola—. Debiera echarte al mar, como tú pretendías hacer conmigo, pero...

—¡Eh, oiga, pise el freno! —protestó “Media Ceja”—. Usted se equivoca conmigo. No sé para qué se tomó el trabajo de soltarse, ahora que, precisamente, iba a hacerlo yo. El jefe me ha dicho que ya no era necesario que le liquidase.

—¿Por qué? —preguntó el joven, muy intrigado por las declaraciones de Arphad.

—Dice que ya no es necesario que le hagamos nada, que ya conoce él el contenido del mensaje.

Al escuchar aquellas palabras, Morgan sintió que no tenía fuerzas para emitir una sola palabra.

CAPÍTULO IX

Lo primero que hizo al llegar a su domicilio, fue cambiarse totalmente de ropa. Luego, envuelto en una bata de baño, tomó un largo trago de licor, mientras sentía su cabeza convertida en un torbellino.

“¿Cómo era posible tal cosa?”, se preguntó. Kathy no lo recordaba completamente. La grabación había sido borrada y el único que la recordaba era él, merced a su excepcional memoria.

Había una explicación posible: Coslar había atrapado a Merryl y le había obligado a hablar. Después...

Se estremeció. Era fácil suponerse lo que Coslar habría hecho con su antiguo jefe. Ya no tenía tiempo de hacer nada por evitar a Merryl una segunda muerte, bien merecida por otra parte, después de los asesinatos de Eckling y de Pennee. Sin embargo, todavía podía darle el disgusto de tener que enfrentarse con la policía.

“Luego”, decidió al cabo, sabiendo que no adelantaría nada con llamar en aquellos momentos a la Jefatura. Coslar no se movería de la ciudad, conociendo el contenido del mensaje.

¡Pero no conocía la clave!

Este detalle, recordado de pronto, le hizo sonreír. Si él no había conseguido descifrar el absurdo mensaje que Merryl había dictado a la muchacha, no era presumible que Coslar lo hiciese en tan breve espacio de tiempo. Por otra parte, estimaba que era muy posible que el antiguo secretario estuviese actuando por cuenta de los dos miembros supervivientes del grupo, los cuales, por no dar la cara, le hacían ser el hombre que se ocupase de los detalles más enojosos del caso, presumiblemente bajo las promesas de una sustanciosa gratificación.

Se acostó, molido y derrengado, pero, satisfecho en cierto modo. Un poco le remordía la conciencia por no hacer nada en favor de Merryl... Pero, por otra parte, cuando Coslar había dicho que ya conocía el mensaje, era que Merryl ya había muerto.

Se durmió a poco profundamente. Despertó bien entrado el día.

Se aseó convenientemente y desayunó con hambre de lobo en un restaurante cercano. Luego pidió el teléfono y llamó a la muchacha. Quería que Kathy le dijese los domicilios de Cross y Haprits, a fin de entrevistarse con ellos.

El teléfono permaneció silencioso.

“Tal vez —se dijo—, la muchacha había salido”. Bueno, averiguaría los domicilios del tres y del cuatro por la guía telefónica. Mientras tanto...

Una extraña desazón se apoderó de su ánimo. Parecía lógico que Kathy

no estuviese en su casa a las diez de la mañana... pero ella no le había dicho que trabajase en otro sitio.

La aprensión se convirtió en temor. Abonó la cuenta y salió precipitadamente del local.

El piso de Kathy permaneció obstinadamente silencioso cuantas veces hizo funcionar el timbre de llamada. Nadie contestó a sus requerimientos, lo cual le hizo ver que sus sospechas se habían confirmado, por desgracia.

La muchacha estaba en manos de Coslar.

O muerta.

Un rugido de rabia se escapó de sus labios al darse cuenta de semejante posibilidad. Perdidos los estribos, retrocedió un paso y cargó contra la puerta.

Atravesó el umbral como un obús, sin encontrar la menor resistencia. En su camino, tropezó con una silla y acabó cayendo sobre una mesita baja, que hizo astillas con el peso de su cuerpo.

Permaneció unos momentos inmóvil, meditando sobre la inconveniencia de dejarse llevar por unos sentimientos poco controlados. Luego, volviéndose a medias, aunque sin levantarse del suelo, se apoyó en un codo y miró a la muchacha.

Kathy parecía muy divertida al verle en semejante postura.

—¿Es esa su forma habitual de penetrar en la casa de sus amistades? —exclamó, riendo.

Morgan lanzó un tremendo bufido.

—¿Por qué no contestó a mí llamada? —dijo coléricamente, mientras empezaba a ponerse en pie.

—Imitaré sus procedimientos —contestó Kathy risueñamente—: Primero, estaba terminando de vestirme. Segundo, no tenía prisa en abrir a nadie; estoy entrampada hasta las cejas y huyo de mis acreedores como de la peste. Tercero...

—¡Basta! —masculló él—. El horno no está para cocer pan.

—¿Quién lo apagó? —preguntó ella rápidamente.

—Coslar.

—¿Coslar?

—Sí. Conoce el mensaje.

La sonrisa se borró de los labios de la muchacha.

—Imposible —dijo.

—No tanto, si se considera que él también sabe que Merryl vive.

Kathy reflexionó durante unos instantes.

—Usted está tratando de sugerirme que Merryl es prisionero de Coslar.

—Exactamente. Y, como puede comprender, no le habrá resultado difícil arrancarle el mensaje por medio de la tortura.

—Verá —dijo ella con cierta tranquilidad—, no niego la posibilidad de que Coslar haya torturado a Merryl, pero lo que sí dudo es que haya

podido conocer por este medio el contenido del mensaje.

—No entiendo —declaró el joven, desconcertado—. Merryl se lo dictó a usted...

—Pero leyéndomelo de unas notas que había redactado él personalmente y que luego quemó en mi presencia. Merryl, como mi tío, era hombre de poca memoria para las cifras; no ha podido recordar, letra a letra y número a número, todo lo que me dictó.

—Entonces, ¿por qué ha dicho tal cosa? —preguntó él, sumamente desconcertado.

—En su lugar, yo iría a ver a Coslar y se lo preguntaría directamente a él mismo, ¿no le parece?

—Aguarde —exclamó el joven—. Ya sé por qué lo dijo. Quiere tenerme libre, a fin de seguirme en todo momento y conocer, de este modo, el escondite de la fórmula. Sabe que si alguien puede descifrar ese maldito mensaje, ese soy yo, modestia aparte. Por lo tanto, le conviene que siga viviendo.

Kathy enarcó las cejas.

—Algunas de sus frases me resultan completamente ininteligibles, la verdad —dijo.

Morgan le explicó todo lo que le había pasado después de su desaparición la noche anterior. Kathy se quedó muy pensativa.

—Sí, eso debe ser... Pero si ha hecho prisionero a Merryl, a él no le habrá respetado la vida.

—Tal vez sí. Después de lo que este ha hecho, a Coslar le interesa tenerlo vivo, con objeto de mantenerlo bajo presión con la amenaza de delatar sus crímenes... ¡Oh, Dios mío! —exclamó él furiosamente—. ¡Este maldito asunto se vuelve cada vez más enrevesado! ¡Ninguna de las deducciones que hacemos posee la menor lógica! Todo es absurdo, incongruente, falto de coordinación... ¿Por qué se le ocurriría a usted entrar en mi despacho aquel día que debo señalar con piedra negra en mi calendario?

—¡Vaya! —exclamó ella, sumamente amoscada—. Cualquier otro tipo estaría la mar de contento por haber conocido a una chica tan guapa como yo.

—El conocimiento se entabló a golpes —contestó él furiosamente.

Kathy se sonrojó.

—Siento haberle dado aquel culatazo —dijo—, aunque no lamento excesivamente haberle conocido, Morgan.

—No trate de adularme ahora —gruñó él—. Ahora tendríamos que ir a ver a los dos socios que quedan... ¡Oiga! —exclamó de repente, acordándose de un —detalle que se le había olvidado por el momento—. ¿Por qué no acudió al teléfono cuando la llamé?

—Estaba en el baño —sonrió Kathy—. Supuse que sería usted, dado

que nadie más conoce mi nuevo teléfono y dirección, de modo que no me preocupé. “Ya vendrá él”, me dije. Y así ha sucedido, ¿no le parece? —terminó Kathy, con cierta hechicera sonrisa.

Morgan se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh, las mujeres! —exclamó. De pronto la agarró por el brazo y tiró de ella hacia la salida—. ¡Vamos!

Una vez en la calle, subieron al coche de Morgan, quien lo hizo arrancar de inmediato.

—Usted era la secretaria personal de Merryl —dijo—. Tiene que saber a la fuerza dónde viven los otros dos socios.

La muchacha mencionó una dirección. Morgan guió su automóvil hacia aquel punto sin pérdida de tiempo.

—Ese detective que contrató me parece que ha fracasado —murmuró inesperadamente.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—En la nota que usted me dictó, citan un par de ligas.

—Sí, lo recuerdo. Pero también los hombres usan ligas para sus calcetines, si mis conocimientos sobre la indumentaria masculina son exactos.

—Solo los tipos anticuados. Los calcetines de ahora llevan incorporada una banda elástica que... ¡Tiene que haber una mujer a la fuerza!

Kathy se reclinó en el asiento y le miró con picardía.

—No piense en mí al hablar de ligas —dijo—. Yo no las uso.

—Pues, ¿qué utiliza en su lugar?

—¡Descarado! Su pregunta denota una impertinente curiosidad, que no estoy dispuesta a satisfacer. De todas formas, en mi faja-portaligas, no hay nada que pueda resolver la clave del mensaje.

A pesar de sus preocupaciones, Morgan no pudo contener una sonrisa. Kathy, además de bonita, era una chica de una simpatía arrolladora. Empezaba a gustarle.

Poco después detenía el coche en la dirección indicada. Saltaron a la acera y penetraron en el edificio. Momentos más tarde, se hallaban ante la puerta de las oficinas de Peter Cross.

—Por lo visto —comentó Morgan—, tiene otros negocios, además de su participación en la “B & M”.

—Sí, se dedica al estudio y prospección de mercados, además de consejero financiero de algunas empresas. Es un tipo muy activo y, me parece, honrado a carta cabal.

Entraron. Una recepcionista les preguntó los motivos de su visita. Morgan contestó que deseaban entrevistarse con el señor Cross. La empleada les contestó que tomaría nota para fijarles día y hora de la entrevista, tal como el señor Cross solía hacer invariablemente. Entonces, Kathy dijo:

—Señorita, hágame el favor de decir a su jefe que está aquí la señorita Felton, antigua secretaria personal de Merryman Merryl. Esto quizá haga cambiar su opinión al señor Cross.

La chica obedeció. Instantes después recibía una respuesta afirmativa.

—Pueden pasar —dijo—. Sigán el corredor; ya verán el rótulo sobre su puerta.

—Gracias —dijo Kathy, rompiendo la marcha.

Alcanzaron la puerta. Ella hizo girar el pomo y la abrió.

Había un hombre grueso, de mediana edad, tras una amplia mesa, atestada de papeles. Era calvo y usaba gruesas gafas con montura de concha negra. La perspicacia de su mirada se advertía inmediatamente a pesar del espesor de los vidrios de sus lentes.

Estaba en mangas de camisa y con la mano izquierda se quitó el habano que sostenía entre los dientes, a la vez que extendía la derecha en ademán invitador.

—¿Qué tal, señorita Felton? —dijo Peter Cross, sonriendo amablemente—. Siéntese, por favor. ¿Sabe que me alegro mucho de ver a la antigua secretaria de mi difunto amigo Merryman Merryl? ¿Tiene usted empleo ahora? En caso contrario, ya sabe que en mis oficinas tendrá siempre una colocación segura.

—Muchas gracias, señor Cross —contestó Kathy, avanzando hacia el sillón que le indicaba—. Le presento al señor Ellier, analista.

—Encantado, señor Ellier —saludó Cross—. Siéntese también. ¿Un cigarro? ¿O prefiere los pitillos?

Morgan permaneció silencioso e inmóvil.

—¿Analista? —siguió Cross—. ¿Qué profesión es esa?

El joven no contestó. Kathy dijo:

—Pues... ¡Morgan! ¿Qué le pasa? ¿Por qué no habla, hombre de Dios?

La muchacha y Cross se extrañaron de la incomprensible actitud del joven, el cual permanecía con la vista fija en las mangas de la camisa de Peter Cross, el cual, siguiendo su costumbre, ya pasada de moda, se las sujetaba con unas anchas bandas elásticas, en cada una de las cuales, como un indicativo de marca de fábrica, se podía ver en estarcido, el número seis.

Kathy volvió la vista, siguiendo la dirección de la mirada del joven. Entonces comprendió lo que le pasaba.

—¡Oh, las ligas! —exclamó.

CAPÍTULO X

La mirada de Peter Cross fue alternativamente de uno a otros de sus semejantes.

—Bueno —gruñó al fin—, ¿qué sucede con mis ligas? Ya sé que soy un poco anticuado, pero... en fin, no es ningún delito, que yo sepa. Por favor, ¿quieren explicarme...?

—Señor Cross —dijo el joven—, ¿qué sabe usted de la nueva fórmula sobre una fibra textil descubierta por Joe Felton, tío de la señorita Kathy?

—Ah, conqué era eso, ¿eh? —rezongó el individuo—. Bueno, Merryman era muy amigo mío, pero ello no basta para que diga que en este caso se portó como un cochino, quedándose con algo que pertenecía a los cinco socios. No se debe hablar mal de los muertos, pero...

—Señor Cross —le interrumpió el joven—, permítame que le diga que alguna de las apreciaciones sobre su amigo Merryman Merryl están equivocadas. Sobre todo, lo de su muerte, porque no es cierto que muriese, sino que sigue con vida.

Cross se dejó caer de golpe sobre su asiento.

—¿Está loco, Ellier? —exclamó—. ¡Yo mismo vi su cadáver en el ataúd y fui a su entierro!

—Siento contradecirle. La señorita Felton y yo estuvimos en el mausoleo de “Villa Flavia” y pudimos comprobar que el féretro estaba vacío. De algún modo que ignoramos, fingió su muerte, a fin de poder asesinarles luego con toda impunidad y, finalmente, quedarse solo con la fórmula.

Cross no tenía fuerzas para hablar.

—¿Es cierto lo que me están diciendo? —murmuró débilmente.

—Por completo —respondió Morgan con acento lleno de énfasis—. No estaríamos aquí si no fuera por tales circunstancias. Recuerde que sus dos socios, Eackling y Pennee, fueron asesinados, el segundo de ellos en la puerta de mi despacho. Por dicha razón, Kathy y yo tememos que Merryl les haya destinado a ustedes dos la misma suerte.

—Pe... Pero... ¡eso es terrible! ¡Yo... yo creí que había... había sido Coslar! Incluso le denuncié a la policía, pero tuvieron que dejarle suelto por falta de pruebas. Usted no sabe el dinero que me va a costar esa denuncia. Coslar habla de pedirme una indemnización...

—Coslar tampoco tiene las manos muy limpias —aseguró el joven—. No es un sujeto decente y yo he tenido un par de encuentros con él, mejor dicho, con los rufianes que emplea a su servicio. También él pretende quedarse con la fórmula.

Cross se pasó la mano por la cara inundada de transpiración.

—Es terrible, terrible —musitó—. Primero Cy, después Jim... ¡y quizá sea yo el tercero!

Aquellas palabras provocaron una especie de revulsivo mental en el joven.

—¡Señor Cross! —exclamó de repente.

El financiero le miró a través de los dedos que aún tenía puestos sobre la cara.

—¿Sí, señor Ellier?

—Ustedes cinco eran socios —dijo el joven—. ¿Qué grado de confianza existía entre ustedes, me refiero al trato normal entre personas, no en lo referente a los negocios? Usted, al hablar de los señores Eackling y Pennee, ha empleado diminutivos de sus nombres propios. Cy y Jim, ¿no es así?

—Desde luego —dijo Cross, muy extrañado, sin saber adónde quería ir a parar el joven.

—Ellos, ¿le llamaban Peter a usted?

—Sí.

Morgan miró triunfalmente a la muchacha.

—Creo —dijo—, que ya tenemos descifrada la mitad del mensaje. Sigamos —añadió—. Señor Cross, su amigo Steve Haprist, ¿usa tirantes?

—Sí.

—Debo presumir que en algunas reuniones ustedes se ponían en mangas de camisa.

—Sí, pero... Oiga...

—Un momento, señor Cross. Veo un número en sus ligas. Dígame si los tirantes del señor Haprist tienen también un número incorporado al tejido más o menos en la misma forma que ese que se ve en sus ligas.

—Pues...

Cross se mostraba irresoluto.

Morgan le señaló el teléfono.

—Llámele inmediatamente y pregúntele ese detalle. No le dé explicaciones; diga que ya lo hará más tarde. Indíqueme únicamente que es muy urgente.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, tenían la contestación.

—Haprist dice que sus tirantes tienen marcado el número trece. Bueno, ¿y ahora, querrán explicarme...?

Morgan se puso en pie y tiró de la mano de Kathy.

—Ya lo haremos en mejor ocasión, señor Cross. Ahora, si quiere un buen consejo, contrate un par de guardaespaldas y aconseje al señor Haprist que haga lo mismo. Merryl está dispuesto a liquidarles a los cuatro y lo hará en el momento que estime más conveniente para sus fines.

Los dos jóvenes salieron del despacho y se encaminaron hacia el

ascensor.

—Morgan, ¿qué es lo que ha descubierto usted? —preguntó la muchacha, llena de excitación.

—Prácticamente, puede decirse que he descifrado la clave del mensaje —respondió Morgan—. Sin embargo, me falta la interpretación total y correcta. Y esto no puedo lograrlo aquí.

—¿Por qué?

—Necesito volver a casa, prepararme un par de litros de café y concentrarme durante algún tiempo. Hay todavía mucho en qué pensar, pero creo que lo más importante ya lo sabemos.

—Menos una cosa.

—¿Cuál?

—El paradero de Merryl.

Morgan se mordió los labios.

—Es cierto —dijo—. El asesino anda suelto por ahí.

—¿Atacará a los dos que quedan?

—¿Quién puede asegurar que no lo hará? Pero... —agregó el joven—, ahora ya estarán prevenidos. A Merryl no le resultará tan fácil llegar hasta ellos.

Con ese convencimiento, que les dejó algo más tranquilos, alcanzaron la calle. Morgan abrió la portezuela de su coche para que entrase la muchacha y dio la vuelta para sentarse tras el volante. Apenas lo hubo hecho, dio media vuelta a la llave de contacto.

Entonces, un individuo abrió de forma brusca la portezuela trasera, del lado de la acera, y se metió rápidamente dentro del automóvil.

—¡Eh! —protestó el joven, volviéndose irritado hacia el desconocido—. Se equivoca usted...

—No me equivoco —replicó el sujeto, apuntándoles con un revólver oculto hábilmente bajo un periódico doblado y sostenido con la mano izquierda—. Sé que usted es Morgan Ellier y que la señorita se llama Kathy Felton. Y es a ustedes dos a quienes buscamos mi compañero y yo.

La otra puerta se abrió y un segundo pistolero se coló dentro del coche.

—Arranque, Ellier —ordenó el primero—. Actúe con normalidad, pórtese bien y no les ocurrirá nada a ambos.

Las manos del joven se crisparon durante un segundo en el volante.

—¿Hacia dónde? —inquirió lacónicamente.

—Siga recto, hacia las afueras. Después, ya le indicaremos.

Veinte minutos después, habían rebasado los límites urbanos. Entonces, el primer pistolero le ordenó continuar en la misma dirección.

Morgan frunció el ceño. Por la dirección que llevaban, le pareció que se dirigían a “Villa Flavia”.

Sus deducciones resultaron correctas. Poco más tarde, el pistolero le hizo detener el automóvil frente a la entrada de la posesión de Merryl.

—Su compañero fue el primero en apearse. Usaba una pistola automática de gran calibre y movió el arma en silencio, indicándoles que debían abandonar el automóvil.

Morgan oprimió suavemente la mano de la muchacha.

—No tema —dijo, abriendo la portezuela.

Salieron fuera con las manos en alto.

—Caminen.

Entraron en la casa y llegaron al patio central.

—¿Qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó Morgan.

—Tenemos órdenes de custodiarlos aquí hasta que llegue cierta persona que quiere hablar con ustedes —contestó el que llevaba la voz cantante—. Lo demás, no nos preocupa demasiado. Matt, busca un cuarto adecuado para guardar bien a este par de tórtolos, que no se nos escapen.

—O. K. —contestó el otro pistolero, lacónicamente. Y se alejó en el acto, desapareciendo en una habitación situada en el lado opuesto del patio.

Transcurrieron un par de minutos. El forajido estaba tras ellos, apuntándoles con el revólver con actitud de hastío. Morgan empezó a pensar si no habría alguna solución para salir de aquella situación tan crítica. Cuando llegase Merryl...

Miró a la muchacha y la vio pálida, pero animosa. Ella le dirigió una sonrisa desvaída.

Morgan se arriesgó a volver un poco la cabeza. El forajido se hallaba a un par de pasos. “Si pudiera volverme rápidamente hacia él...”, pensó.

De pronto, el pistolero se cambió el revólver de mano y, con la derecha, empezó a hurgar en sus bolsillos. Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios, pero no tuvo tiempo de encenderlo, porque, en el mismo instante, Morgan giró velozmente sobre sus talones y se arrojó sobre él.

Sonó una maldición. El pistolero trató de defenderse.

El puño derecho del joven le alcanzó en el mentón, derribándole al suelo en el acto, fulminado como el buey bajo la puntilla del matarife.

—¡Cuidado, Kathy! —exclamó, inclinándose para recoger el arma.

El otro pistolero continuaba dentro de la habitación en que se había metido antes. Con el revólver en la mano, Morgan corrió velozmente a lo largo del patio, situándose junto a la puerta.

Esperó unos momentos. De pronto, oyó un ruido que le hizo sentir algo de extrañeza. El forajido estaba vertiendo agua de soda en un vaso.

Abrió la puerta de golpe y le apuntó con el arma.

—¡Quieto! —ordenó en tono enérgico—. Si mueve una sola pestaña, le abraso a tiros.

El sujeto se quedó helado de espanto. En aquel instante se disponía a llevarse a la boca un vaso que había llenado de *whisky* y soda. La estupefacción que sintió al ver al joven en la puerta, armado con el

revólver de su compinche, fue tal, que los dedos se le aflojaron y el vaso se rompió a sus pies con tremendo estrépito.

Las pistola automática se hallaba encima del aparador de los licores.

—¡Apártese!

El forajido obedeció. Morgan se apoderó del arma.

—Salga al patio, con las manos en la nuca —dijo—. Si veo que las baja, le sacaré los sesos por las narices.

Cruzaron el umbral.

—Kathy —exclamó el joven en tono satisfecho—, ahora vamos a enterarnos de algunas cosas más que todavía ignoramos. Y confirmar otras, cuyo conocimiento estamos necesitando perentoriamente.

CAPÍTULO XI

Los dos rufianes estaban sentados en un diván, con aire abatido. Él que había recibido el golpe del joven tenía la mandíbula hinchada y su cara expresaba la decepción que sufría.

—De modo —dijo Morgan—, que alguien les dio orden de secuestrarnos y mantenernos aquí prisioneros hasta su llegada.

El silencio de la pareja de rufianes era más elocuente que las palabras.

—Está bien —siguió el joven—, en vista de que no quieren hablar, voy a ver si arbitro un medio para conseguirlo. ¿Cuál de los dos quiere morir en segundo lugar?

—¡Eh! —protestó el llamado Matt—. ¡Usted no puede hacernos eso! Nosotros no pretendíamos liquidarles; solo recibimos órdenes de tenerles aquí prisioneros.

—¿Hasta cuándo? —quiso saber la muchacha.

Matt se encogió de hombros.

—No lo sé. El tipo dijo solo que hasta que él llegase aquí.

—¿Quién es?

Mat consultó a su compañero. Este, bruscamente, soltó un resoplido de desdén, a la vez que se tanteaba la dolorida mandíbula.

—¡Al diablo con todo! —barbotó—. ¡Por cincuenta cochinos dólares, no merece la pena que nos demos un mal trago! El nombre es Merryl.

—¡Merryl! —repitió Kathy explosivamente.

—Así es —confirmó el rufián.

—¡Un momento! —exclamó Morgan—. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Acaso se lo dijo él?

El individuo miró a su compañero aprensivamente.

—¡Vamos, contesten! —les apremió Morgan.

—Bueno —confesó el hombre al cabo—, yo vi su fotografía hace algunos días, cuando murió. Tengo buena memoria, ¿sabe? Cuando le dije que por qué había fingido su muerte, me contestó que eso no me importaba y que debía guardar silencio. A fin de cuentas, cincuenta dólares por traerles a ustedes hasta aquí...

—¡Es una porquería! —masculló Matt, irritadamente—. Un asunto de millones y solo nos da cincuenta. Fuimos tontos, Luty.

—Sí, eso me pasa a mí solamente —se quejó el otro—. Bueno, y ahora que ya lo saben, ¿qué diablos piensan hacer con nosotros? No les hemos hecho ningún mal y...

—Esperen —dijo el joven—. ¿Dónde vieron a Merryl?

—En un bar de la calle Treinta y Seis. Se cubría los ojos con unas

grandes gafas negras, pero a mí no me la dio. Tengo buena memoria y...

—Está bien. Merryl dijo que vendría aquí, ¿no es eso?

—Sí. Pero no indicó la hora, aunque supongo que será hoy.

Morgan reflexionó durante algunos segundos. Luego, dirigiéndose a la muchacha, dijo:

—Kathy, vea a ver si encuentra por ahí algo para atar a esta pareja de pícaros.

—¡Qué! —resopló Lutty coléricamente—. ¿Va a retenernos aquí? Le hemos hecho un favor...

—¿Qué favor? —cortó el joven cáusticamente—. ¿Piensan que somos tan tontos como para dejarles irse libres y que avis en a Merryl que le estamos aguardando aquí?

Lutty se resignó, aunque de mala gana. Su compañero se había encerrado en un hosco mutismo y no dijo nada.

Diez minutos más tarde, los dos rufianes estaban sólidamente atados con tiras hechas de una cortina que había arrancado la muchacha. Morgan se llevó las dos armas y salió afuera, cerrando la habitación con doble vuelta de llave, que luego arrojó al estanque.

—Usted conoce bien “Villa Flavia”, ¿no es cierto?

—Sí, Morgan.

—Indíqueme algún sitio donde pueda escribir algunas notas. Me imagino que Merryl tendrá aquí algún despacho, aunque solo sea como elemento decorativo.

—Claro. Venga.

Kathy le condujo hasta una estancia, sobria y elegantemente amueblada en un pretendido estilo romano, en la cual se veían una mesa y algunos sillones de la época.

—Perfecto —aprobó el joven—. Puesto que Merryl decidió hacer su campamento de esta villa, ¿por qué no va a la despensa y mira a ver si puede preparar un poco de café?

La muchacha se alejó. Morgan se sentó ante la mesa, buscó papel y pluma e inmediatamente se puso a la tarea.

Kathy regresó quince minutos después, con una cafetera y todo los accesorios. Sirvió el café, sin interrumpir al joven, el cual parecía completamente enfrascado en su labor.

Morgan tomó dos tazas de café maquinalmente, interrumpiendo apenas la escritura. Hubieron de transcurrir treinta minutos más antes que levantara la vista del papel que tenía cubierto de palabras y de cifras.

—¿Qué ha conseguido? —preguntó ella al cabo.

Morgan contempló el papel aún durante algunos momentos.

—Verá —respondió por fin—. La idea básica para descifrar la clave, aunque no para su total interpretación, surgió cuando Cross, al comentar los dos asesinatos cometidos, pronunció una frase reveladora. Dijo:

“Primero Cy, después, Jim... ¡y quizá sea yo el tercero!” ¿Lo recuerda?

—Por supuesto.

—Bien, entonces, volvamos al mensaje. Su texto es: “El uno (son dos) habla con el dos (que son tres)...” Fíjese bien en que el uno es dos, que según el mensaje son tres, es Pennee. Su nombre familiar es Jim y tiene tres letras.

—¡Claro! —exclamó la muchacha vivamente—. A continuación viene el tres, que son cuatro... cuatro letras de su nombre, Pete; y el cuatro, que son cinco... las cinco letras del nombre de Steve.

—Justamente, convino el joven—. Ahora bien, tenemos el número que está estarcido en las ligas de Cross, el seis, y el de los tirantes de Haprits, que es el trece. Ya tenemos, pues, una colección de cifras a base de la cual podemos empezar a operar.

“Por lo tanto, sumaremos *dos* del uno, *tres* del dos, dos, *seis* de las ligas del tres y *trece* de los tirantes del cuatro. Obtenemos, por tanto, un total de *veinticuatro*.

“Vayamos ahora a la siguiente frase: ...más tu número por el mío”. Esto lo dice el uno, supuestamente, claro está. Luego multiplicaremos *dos* por tres y obtendremos *seis* como resultado, que añadiremos a la cifra que indica la última frase. Hasta aquí he llegado y me siento incapaz de deducir más, salvo que la cifra total debe referirse a pasos que es preciso contar desde un punto determinado. ¿Cuál es ese punto? ¿Cuántos son los pasos? ¿Qué resultante de la vertical es la que indicó Meryrl y qué cifra es ese *cero seis*?

Kathy estudió el papel durante algunos momentos.

—Es preciso contar treinta pasos desde algún punto —murmuró—. Más los que indica al final de la frase. Ahora, la resultante de la vertical... ¿no puede ser noventa?

—¿Por qué noventa precisamente? —preguntó Morgan.

—Porque es de suponer que esa vertical se refiera a su teórica caída al suelo, y considerando este como horizontal, obtenemos un ángulo recto. La geometría nos enseña que todo ángulo recto mide noventa grados.

—¡Eso es! —exclamó Morgan, vivamente alborozado—. Entonces, restaremos seis de noventa y tendremos ochenta y cuatro, más treinta de antes, ciento catorce pasos que habrá que contar desde...

Dejó de sonreír y miró a la muchacha con expresión de desconcierto.

—¿Desde dónde, Kathy?

La muchacha cerró los ojos un instante.

—Tiene que ser aquí, en “Villa Flavia”, no cabe la menor duda —dijo finalmente—. En tal caso, deberíamos considerar el centro de la villa como punto de arranque, es decir, el surtidor del patio.

—Es muy posible —convino él—. Ahora bien, ya tenemos el *desde dónde*. ¿Cómo encontraremos el *hacia dónde*? Tanto puede ser hacia el

norte, como hacia el Sur... —desanimado, exclamó—: La circunferencia tiene trescientos cincuenta grados, Kathy.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Morgan, furioso, arrojó la pluma contra la mesa.

—Estamos igual que antes —masculló.

—¡Aguarde!

Kathy le agarró por el brazo a la vez que le miraba con ojos brillantes.

—Tenemos el surtidor como centro, de acuerdo. Ahora bien, si yo fuera Meryll, ¿dónde escondería la fórmula?

—No lo sé —gruñó el joven de mal talante—. Yo no soy ni usted ni Meryll.

—¡En el Mausoleo, tonto!

—Vaya —silbó Morgan—. Parece que debajo de esos cabellos tan largos, tiene ideas que no son nada cortas. Vamos a contar los pasos.

Salieron fuera. Tuvieron que calcular a ojo los pasos que había desde el surtidor al borde del estanque. Morgan dijo que cinco y ella dijo que cuatro.

—Bueno, uno de diferencia no importa gran cosa —contestó él. Y echó a andar hacia el corredor que conducía a la piscina, a la vez que contaba mentalmente los pasos que daba.

Kathy se situó a su lado. Ascendieron por la pendiente hacia la colina, en cuya cúspide se hallaba el mausoleo, que alcanzaron al cabo de sesenta y ocho pasos.

—¡Pues aquí no es! —exclamó Morgan, visiblemente desconcertado.

Kathy parecía muy afligida. La propiedad terminaba por aquel lado en la tapia, que se hallaba en la contrapendiente, a unos veinticinco pasos.

—¿No puede ser que lo haya escondido al otro lado del muro? —sugirió—. El estanque y el mausoleo componen dos puntos que marcan una línea recta, según la Geometría. Por lo tanto, si seguimos esa línea...

—Oiga —dijo Morgan de pronto—, ¿y no puede ocurrir que, en lugar de pasos, haya que contar por pies?

Morgan reflexionó durante unos momentos.

—Eso supondría unos treinta y cinco metros; y desde el surtidor al mausoleo hay casi el doble.

—Bueno, pero tampoco es necesario que la fórmula esté dentro del mausoleo. Hay azadas, hay cajitas metálicas impermeables a la humedad... Hacer un hoyo en el césped no es cosa difícil.

Morgan lanzó un profundo suspiro.

—Hay mucho que cavar —dijo—. No sé si merecería la pena. Estamos buscando la fórmula y lo que debemos hallar es un asesino.

—Deje que la policía se encargue de él —dijo Kathy con vehemencia—. Nosotros...

El ruido de un motor de automóvil interrumpió de repente sus palabras.

CAPÍTULO XII

Morgan se tocó los bolsillos. El automóvil emergía en aquel momento por el sendero que conducía a la villa.

—¡Corramos! —dijo—. Las armas están en el despacho.

Adelantó fácilmente a la muchacha. Morgan presumía en aquel instante que estaba ya próximo a hallar la solución de aquel apasionante enigma.

Su larga zancada le impulsó a dejar atrás a la muchacha en pocos segundos. Alcanzó la entrada posterior cuando el coche se detenía al otro lado.

Atravesó el patio, pasando directamente por el estanque, a fin de evitar la pérdida de tiempo que habría representado aquel rodeo, levantando grandes chorros de espumas con los pies. No le importó mojarse; las armas eran su objetivo más inmediato en aquellos instantes.

Alcanzó el despacho y agarró la pistola, como arma más pesada y de efectos más considerables. Se asomó a la puerta en el mismo momento en que la imagen de un sujeto harto conocido aparecía bajo el dintel de la puerta que daba al patio de las columnas.

Levantó la pistola. Jeb Arphad vio su gesto y metió la mano dentro de la chaqueta, desenfundando el arma.

Morgan apretó el gatillo. La pistola permaneció silenciosa.

Maldijo su imprevisión al no haber quitado el seguro del arma. Pero al mismo tiempo, se echó a un lado, rodando por el suelo para esquivar el inmediato disparo de Arphad.

La bala chocó contra una esquina de mármol y rebotó con agudo chillido. Desde el suelo, Morgan levantó la mano y apretó el gatillo por segunda vez.

La pistola falló nuevamente. Morgan se quedó tan aturdido, que Jeb Arphad hubiese podido matarle con toda facilidad, de no haber sido porque de repente, con una actitud que resultó absolutamente incomprensible para el joven, giró sobre sus talones y echó a correr precipitadamente.

Morgan se puso en pie, desconcertado tanto por los sucesivos fallos del arma, como por la inesperada fuga del forajido. Oyó el ruido del automóvil y no quiso salir en su persecución, seguro de que ya no podría darle alcance.

Kathy llegó en aquel instante.

—¡Morgan! ¿Está bien? —preguntó, muy asustada—. ¡He oído un disparo!

El joven se puso en pie, mirando hacia la entrada con ceño sombrío.

—Arphad tiró contra mí, pero pude esquivar su bala —respondió—. Contempló la pistola y, de repente, con gesto airado, la arrojó al estanque —. ¡Ese condenado cacharro me falló dos veces! —dijo rabiosamente.

—¡Qué raro! —comentó la muchacha. Pero no dijo más, porque, en aquellos instantes, lo que más le interesaba era que Morgan no hubiese sufrido ninguna herida—. ¿Qué piensa hacer con esos dos tipos que tenemos ahí encerrados?

Morgan consultó su reloj:

—Pronto van a dar las doce —respondió—. Podemos esperar un poco más. Ignoro a qué vino “Media Ceja”, pero puesto que él trabaja para Coslar, su visita no tiene relación alguna con la que esperamos.

—De todas formas —dijo Kathy, sin poder ocultar su impaciencia—, creo que ya es hora de que Merryl haya hecho acto de presencia. ¿No le parece?

—¡Me parecen tantas cosas! —suspiró él. Y se encaminó al despacho, a fin de recoger el revólver que le había quitado a Lutty.

—¿Preparo algo de comida? —apuntó la muchacha.

—No, no tengo ganas —contestó él, saliendo con el arma en la mano—. Le aseguro que esta vez no me hallarán desprevenido. Un revólver suele ser siempre más seguro que una pistola automática.

—Sobre todo, cuando antes se ha comprobado la carga —sugirió ella.

—¡Oh, claro que sí! —contestó él, llevándosela hacia el lado de la piscina—. ¿Por qué no había de estar cargado? Esos forajidos...

Frunció el ceño. De pronto, volvió el arma y miró el tambor.

—¡Diablos!

—¿Qué sucede?

—¿Es usted adivina, Kathy?

—No. Pero, ¿qué pasa?

—¡El revólver está descargado!

—Claro, si usted quitó antes las balas...

—No, en absoluto. Tanto la pistola como el revólver están en el mismo estado que cuando se lo quité a esa gente.

—No entiendo —dijo ella—. Esto me parece desconcertante.

—También a mí —respondió Morgan, con el ceño fruncido. Mientras caminaban, se acercan al reloj de sol—. ¿Por qué dos forajidos habían de llevar las armas descargadas?

La muchacha no supo qué contestar. Mientras trataba de hallar una solución a aquella aparente incongruencia, los ojos de Morgan se fijaron de modo maquinal en el cuadrante solar. La sombra estaba a punto de coincidir con la varilla que indicaba las horas, lo cual significaba que el sol se hallaba en aquellos instantes alcanzando el cenit de su carrera.

—Esto no me parece lógico —exclamó de pronto, girando sobre sus pasos—. Vamos a ver qué nos dicen esa pareja de granujas.

Regresaron a la estancia donde Luty y su compinche se hallaban encerrados. Luty empezó a protestar airadamente apenas les divisó.

—¡Cállese! —le apostrofó el joven con acento rabioso. Enseñó el revólver—. ¿Por qué usaban descargadas sus armas?

La vista de Luty se dirigió un instante hacia el rostro de su compañero.

—Bueno —dijo al cabo, en tono desganado—, no teníamos ganas de jaleos.

—¿Qué clase de jaleos?

—Verá, el señor Merryl nos pagó...

—Eso ya lo sé —le interrumpió Morgan, quien a duras penas podía contener su cólera—. ¡Lo que quiero es que me explique por qué tenían sus armas descargadas!

—Figúrese que una de ellas se dispara y que le herimos a usted o a su chica. ¿Qué hubiera pasado entonces? —rezongó el rufián de mala gana—. ¡Por cincuenta cochinos dólares, Matt y yo nos habríamos visto envueltos en un verdadero lío! De la otra forma, en el peor de los casos, no nos ocurriría nada. Siempre podríamos decir que se trataba de una broma, ¿comprende?

Morgan asintió en silencio. Volviendo ligeramente la cabeza, dijo:

—Kathy, tráigame un cuchillo.

La muchacha obedeció. Los dos rufianes le contemplaron con aprensión.

—¡Oiga! —dijo Matt—. No pensaré rebanarnos el pescuezo, ¿verdad?

—No. Pero es posible que sea yo quien me lo corte por estúpido —respondió Morgan con acento de enojo.

—Vamos, vamos —dijo Luty—, que no es para tanto. Podría quejarse si tuviese la mandíbula como la tengo yo. ¡Vaya manera de pegar, amigo; me pareció la cox de una mula!

La muchacha regresó al poco. Morgan cortó las ligaduras de los pies, haciéndoles incorporarse. Después, soltó a Matt.

—Usted desatará a su compinche. Y ahora, lárguense, y que no vuelva a verles más por aquí.

Los rufianes escaparon a la carrera. Morgan sopesó el cuchillo en la mano y luego lo arrojó contra un rincón, con gesto lleno de rabia.

—Creo que me estoy volviendo tonto, de tanto querer pasarme de listo —masculló—. Hemos de irnos, Merryl ya no vendrá.

—¿Cómo está tan seguro de ello? —quiso saber Kathy.

—Lo estoy y basta —contestó Morgan, cuyo humor era pésimo.

Regresaron a la ciudad, dirigiéndose sin pérdida de tiempo al apartamento de la muchacha. Morgan se quedó en el coche.

Ella se extrañó.

—¿No sube? —dijo.

—Volveré más tarde. Ahora tengo que hacer una gestión. Por cierto,

usted puede ayudarme.

—Con mucho gusto, Morgan. ¿De qué se trata?

—Necesito la dirección de la empresa de Pompas Fúnebres que atendió al entierro de Merryl.

—Son los hermanos Fayshew —respondió ella—. Su local está en la calle Treinta y Dos, cuatrocientos sesenta y seis.

—Gracias. Volveré pronto. Espéreme con una buena comida.

Kathy sonrió.

—Espero que mis habilidades culinarias le hagan sentirse de mejor humor, Morgan.

—Falta me está haciendo —rezongó él, poniendo el coche en marcha.

La entrevista con los empresarios de la funeraria resultó breve, pero obtuvo los informes que precisaba. Una hora después de haberse separado de la muchacha, estaba ya de nuevo junto a ella.

—¿Qué es lo que ha averiguado? —preguntó Kathy al verle de nuevo.

—Que la estupidez humana puede alcanzar grados increíbles —respondió él de mal humor—. Si esto que me está sucediendo, se hubiese referido a los consejos solicitados por una empresa cualquiera, la habría hecho quebrar en veinticuatro horas.

—No le entiendo, Morgan —dijo ella, muy extrañada.

—Lo sabrá a la noche —expresó él—. ¿Tiene a mano todavía el pullover y los pantalones negros que usaba aquella noche, cuando la sorprendí en el mausoleo de Merryl?

—Por supuesto. ¿Es que vamos a volver allí? —inquirió Kathy aprensivamente.

—Yo, sí, desde luego —afirmó él—. Y a usted la supongo con la suficiente dosis de curiosidad para no quedarse sin ver lo que pienso hacer, ¿no es cierto?

Kathy le dirigió una hechicera sonrisa.

—Me maravillan sus conocimientos de la sicología femenina —dijo de buen humor—. Iré, pero, mientras tanto, quiero que pruebe el resultado de mis habilidades culinarias.

—Le advierto que tengo el estómago forrado de hojalata. Lo resisto todo —aseguró él.

Cuando terminó de comer, salió de nuevo a la calle. Compró cartuchos para el revólver y volvió nuevamente a la casa. Consideró que era todavía pronto para salir y, buscando un diván, se tendió en él. Cubrióse el rostro con una revista, avisó a Kathy que le despertase a las diez de la noche y poco más tarde, dormía como un leño.

Las horas de descanso le sentaron estupendamente, después de un día tan ajetreado. Cuando se despertó, tras el aseo correspondiente, tomó un bocado, dos tazas de café y, sin pérdida de tiempo, agarró a la muchacha por el brazo y se la llevó hacia la puerta.

Veinte minutos más tarde, Morgan detenía el coche en la autopista.

—Seguiremos a pie —decretó—. Si viene alguien, no quiero que se entere de nuestra presencia hasta que sea demasiado tarde.

—¿Teme usted que nos encontremos con Meryll?

—Sí —respondió él rotundamente.

CAPÍTULO XIII

La villa aparecía bañada por la luz de la luna. Al terminar de recorrer el camino flanqueado por los setos de boj, Morgan se detuvo, escrutando la explanada que había frente a la tapia.

Estaba desierta. No se veía ningún automóvil.

—Tal vez estén dentro —dijo, reanudando la marcha.

Atravesaron la verja. En la mano izquierda, llevaba la bolsa con las herramientas, que había sacado del coche. Con la derecha empuñaba firmemente el revólver y ahora estaba seguro de que no fallaría si se veía obligado a utilizarlo. Sin embargo, prefería atrapar al culpable y entregarlo a la policía.

—Solo haré fuego a menos que me vea perentoriamente obligado —manifestó.

Delante de la casa no se divisaba tampoco ningún coche. Para ahorrarse riesgos, Morgan decidió dar la vuelta, sin atravesarla, encaminándose rectamente hacia el mausoleo.

—¿A quién piensa encontrar allí? —preguntó ella en voz baja, impresionada, a su pesar, por la oscuridad y el ambiente de misterio en que se desenvolvían.

—A Merryl.

—¿Durmiendo?

—Tal vez —contestó él con una sonrisa.

Llegaron al mausoleo. La puerta estaba tal como él la había dejado.

Morgan empujó el batiente. Dejó la bolsa de las herramientas y extrajo la linterna, que entregó a la muchacha.

—Alúmbreme, por favor.

Recogió la bolsa de nuevo. A favor del haz de rayos luminosos, descendió los escalones. Guardó el revólver y comprobó que la cerradura del féretro continuaba abierta.

Levantó la tapa. Un brusco gemido se escapó de los labios de Kathy.

Había un cuerpo humano dentro del féretro. Kathy volvió la vista a un lado.

—Déjeme la linterna —rogó él.

Examinó con todo detenimiento el cadáver de Merryman Merryl, el cual se hallaba en perfecto estado de conservación. Después de unos momentos, bajó la tapa nuevamente.

—¿Se siente mejor, Kathy?

—Sí —contestó ella ahogadamente—. ¿Por qué no me dijo que esperaba encontrar a Merryl en su féretro?

—¿Qué no se lo dije? Entonces, ¿a qué me refería cuando hablaba de aquella manera?

—Yo creí que se trataba de una persona viva, no de un cadáver. ¿Cómo lo supo usted?

—Por las pistolas descargadas.

—Explíquese. No le entiendo —rogó ella.

Morgan colocó la linterna sobre la tapa del féretro.

—Creo que le está haciendo falta un cigarrillo —sonrió.

Kathy aceptó ávidamente. El humo del tabaco calmó un tanto sus nervios.

—Desde el primer momento, aquella pareja de rufianes estuvieron desempeñando un papel... magníficamente por cierto, pues la verdad es que tenían órdenes de hacernos creer que actuaban por cuenta de Merryl. Incluso Lutty fingió distraerse lo suficiente para que yo le atacara y le desposeyera del arma. Esto no hubiera dado resultado de haberse tratado de “Media Ceja”, que ya es conocido nuestro, ¿comprende? Tenían que ser dos tipos perfectamente desconocidos, a fin de que no sospecháramos.

—Pero si Merryl está muerto efectivamente, hubiéramos acabado por ver que se trataba de un engaño.

—De momento, no —respondió él—. Quien pagó a Lutty y a Matt, contó con que, al reducirles nosotros a la impotencia, escaparíamos de aquí al cabo de un rato, cuando viésemos que Merryl no comparecía. Entonces fue cuando llegó “Media Ceja” para ver cómo habían ido las cosas y me disparó un tiro. Yo le contesté, pero fallé, por la sencilla razón de que la pistola, al igual que el revólver, no contenían ningún cartucho.

—Eso resulta incomprensible. Tendríamos que haber muerto...

Morgan se echó a reír.

—¿De veras? Kathy, si usted o yo morimos, ¿quién repetirá el mensaje en clave que permite hallar la fórmula? Luego —continuó—, cuando yo sospeché que todo había sido una engañifa, me dirigí a la funeraria de los hermanos Fayshew, en donde me informaron que el cuerpo de Merryl había sido embalsamado. Este ha estado aquí desde un principio, solo que nosotros no lo hemos sabido ver. Pero lo hubiésemos olido, de no darse esa circunstancia de estar embalsamado; lleva ya muchos días muerto, para que no se hubiese iniciado el proceso de descomposición —su mano derecha golpeó el ataúd—. Merryl no ha salido del mausoleo ni un solo instante, Kathy, puede estar segura de ello.

La muchacha se quedó estupefacta. Los argumentos de Morgan parecían irrefutables.

De pronto, inquirió:

—Pero, entonces, si no ha salido del mausoleo, ¿dónde estaba el cadáver cuando abrimos la caja la primera noche?

Morgan sonrió enigmáticamente.

—Ahora lo verá.

Agarró las dos asas inferiores del ataúd, las cuales venían a quedar a unos ciento veinte centímetros del suelo, y lo alzó a pulso ligeramente, lo justo para hacerlo girar cosa de dos palmos a un lado. Entonces, quedó a la vista una abertura situada bajo el fondo del ataúd.

El túmulo sobre el cual se hallaba apoyado era rectangular, pero hueco, y poseía la amplitud necesaria para contener en él un cuerpo humano.

—Ahí lo guardó el asesino —explicó él, sumamente satisfecho—. De esta forma, fingió la “resurrección” de Meryll y, después que supo que nosotros habíamos visto el ataúd vacío, regresó al mausoleo y colocó el cuerpo en su sitio, seguro de que ya no volveríamos más por aquí y nos dedicaríamos afanosamente a buscar a un hombre de quien creíamos había sido capaz de fingir su propia muerte —de pronto, Morgan se dio cuenta de la rara expresión que aparecía en el rostro de la muchacha—. ¡Kathy! ¿Qué le pasa? ¿Por qué pone esa cara?

Kathy se apoyó una mano en el pecho. Sus facciones estaban invadidas por una espantosa palidez.

Tenía los ojos fijos en la abertura que Morgan había dejado al descubierto, al retirar el ataúd a un lado. Siguiendo la dirección de su mirada, Morgan volvió la cabeza y pegó un respingo que casi le hizo soltar el féretro.

—¡Dios mío!

La luz no era muy buena, y el hueco que quedaba más bien estrecho, aunque lo suficientemente amplio para poder ver los pies de la persona que yacía en su interior. Morgan bajó el ataúd, apoyándolo de nuevo en el pedestal.

Pasó un largo minuto.

—Me siento mal —se quejó Kathy.

—Salga ahí fuera y espere, si no se atreve a continuar aquí —sugirió él.

La chica aceptó el consejo. Entonces, Morgan, yéndose a la cabecera del túmulo, repitió la operación anterior, de tal modo que pudiera ver la cabeza del hombre que yacía en el interior.

Necesitó usar la linterna para ver bien. El negro orificio que divisó en la frente del cadáver, le indicó bien a las claras la forma en que se había producido la muerte.

Por las fotografías que había contemplado días atrás, reconoció al muerto. No obstante, y a fin de asegurarse mejor, introdujo la mano por el hueco y le desabrochó la chaqueta, echándola a un lado.

Los tirantes que llevaba el cadáver le dijeron en el acto su identidad. Era Steve Haprist.

No parecía llevar muerto muchas horas. Tal vez aquella misma noche.

Frunció el ceño. Casi se consideró culpable de la muerte de Haprist.

Pero de pronto se le ocurrió que estaba exagerando. “No era —pensó—

que aquel asesinato estuviese justificado; sin embargo, ¿qué había ido a hacer al mausoleo?”

Sus intenciones no habían sido buenas. Muy posiblemente, había estado en connivencia con Elbert Coslar para apoderarse de la fórmula... y no era nada extraño, incluso, que hubiese aprobado la muerte de Eackling y de Pennee. Cuantos menos estuviesen vivos a la hora de aprovecharse de los beneficios de la fórmula maldita, tanto mayor sería su parte.

Pero Haprist había querido pasarse de vivo. Debía haber sospechado algo, acaso había llegado a pensar, se dijo Morgan, que la fórmula había sido sepultada con el propio Merryl. Había acudido al mausoleo... y allí se había encontrado con una sepultura totalmente inesperada.

Colocó el ataúd nuevamente en su sitio, cubriendo el hueco del túmulo. A continuación, levantó la tapa del féretro y registró minuciosamente las ropas de Merryl.

—Nada —dijo, sumamente desalentado.

No. La fórmula no estaba allí.

Lo tenía todo casi resuelto, excepto la última frase del mensaje.

“... Si añadimos la resultante de la vertical, menos cero seis”.

¿Qué vertical era? ¿Hacia qué lugar apuntaba? ¿Dónde estaba?

Sintióse descorazonado. Todos sus esfuerzos estaban resultando inútiles.

La voz de la muchacha sonó de pronto desde la entrada.

—¿Morgan?

—Kathy —contestó él.

—¿Quién... quién es?

—Haprist. Un tiro en la frente.

Sonó un gemido ahogado. Luego, Morgan se acercó a la escalera que conducía a la puerta.

—Kathy —preguntó—, en su calidad de secretaria personal, ¿asistió usted alguna vez a las reuniones periódicas que celebraban los directivos de la “B. & M.”?

—Por supuesto. Siempre lo hacía yo. Tomaba nota taquigráfica de todo cuanto se hablaba y discutía, pasaba después los apuntes en limpio y a continuación se los entregaba a Coslar para que este, como secretario ejecutivo de la sociedad, llevase a efecto los acuerdos adoptados.

—Entonces, usted tuvo sobradas ocasiones de estudiar el comportamiento de los cinco socios.

—Claro —respondió Kathy.

—Merryl era el accionista mayoritario y, por lo tanto, presidente de la “B. & M.”. Me imagino que la mayor parte de las decisiones que afectaban a la sociedad partirían de él. No obstante, para que tomasen carácter ejecutivo se necesitaba la aprobación por *quórum*.

—En efecto. Así era.

—Normalmente, ¿quiénes votaban a favor y quiénes lo hacían en contra?

—Eackling y Pennee solían apoyar a Merryl casi siempre. Los otros dos se le oponían con más frecuencia. Lo cual no quiere decir que, en ocasiones, se invirtiesen los términos y aquellos se opusieran a los propósitos del presidente. La regla general, sin embargo —afirmó Kathy—, era la que ya he citado.

—Es decir —murmuró el joven—, que Eackling y Pennee formaban parte de lo que en términos parlamentarios se llama la facción gobernante, en tanto que los otros dos constituían la oposición.

—Es casi exacto —concordó ella.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Kathy preguntó:

—Morgan, ¿por qué me ha estado haciendo toda esa serie de preguntas?

—Estoy tratando de hallar elementos para someterlos a análisis y hallar después los resultados. No me extrañaría —agregó él—, que la oposición de Cross y Haprist hubiese resultado tan fuerte, que hayan deseado y aprobado, e incluso colaborado en la muerte de sus dos consocios.

—¡Sería una cosa terrible, Morgan! —exclamó ella, vivamente impresionada.

—Todo asesinato lo es, cualesquiera que sean los motivos que impulsan al homicida —dijo Morgan sentenciosamente—. Pero, ¿de qué le ha servido a Haprist desear las muertes de Eackling y de Pennee? —Meneó la cabeza con gesto apesadumbrado—. ¿De qué le ha servido ambicionar más dinero todavía del que poseía? En dónde está ahora no se necesita otra cosa que dos metros de tierra. Ahí acaban todas las ambiciones, todas las pompas y vanidades. ¡Si se hubiese conformado con lo que tenía!

Kathy calló unos instantes, después del melancólico final del discurso del joven.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo—. Pero, en resumen, ¿quién es el asesino?

En aquel instante, Morgan captó el sonido de unos pies que hacían crujir la gravilla del camino que conducía al mausoleo.

—¡Cuidado! —dijo, en voz muy baja.

Alargó la mano y asió la de Kathy, tirando de ella hacia el interior de la sepultura. Inmediatamente, se retiró a un lado de la puerta, al pie de la escalera.

Los pasos se acercaron con lento ritmo. Era indudable que el hombre que llegaba, lo hacía con la mayor cautela.

Sin hacer el menor ruido, Morgan sacó el revólver con la mano derecha, en tanto que con la izquierda sostenía la linterna. Esperó.

La puerta se abrió, dejando entrar el resplandor de la luna. La sombra de una silueta humana, desmesuradamente alargada, con caracteres

espectrales, llegó casi hasta el lado opuesto del mausoleo.

Kathy se mordió los labios hasta casi sangrar. Necesitaba hacerlo para no prorrumpir en un alarido de pánico.

El recién llegado comenzó a descender la corta escalera.

CAPÍTULO XIV

Por la forma de la silueta humana, Morgan identificó al recién llegado casi en el acto. Pete Cross llegó al piso del mausoleo y se detuvo irresoluto unos momentos, como si no supiera qué hacer.

Por un momento, Morgan estuvo tentado de sorprenderle, pero prefirió esperar un poco, con objeto de conocer las intenciones y proyectos de Cross. Este dio dos o tres pasos más y al fin se situó junto al féretro.

Tanteó en la cerradura y levantó la tapa a oscuras. Morgan oprimió el brazo de Kathy, como queriendo indicarle que debía guardar silencio a toda costa.

Mientras tanto, Cross sacó una diminuta linterna del bolsillo e iluminó el interior del ataúd. El reflejo de la luz permitió ver la brillante humedad de su rostro, cuyas facciones se hallaban tensas por la emoción del momento.

Registró las ropas del cadáver, sin percatarse de que dos personas le estaban contemplando. Al darse cuenta de lo infructuoso de sus esfuerzos, bajó la tapa con rabia, dando un golpe seco que retumbó con fuerza bajo la pequeña bóveda del mausoleo.

Una maldición se escapó de sus labios. Morgan pudo darse cuenta de la rabia que poseía al sujeto por no haber encontrado la fórmula. De pronto, Cross, agarrando con ambas manos las asas del féretro, lo levantó a pulso y lo echó a un lado.

Un grito de espanto se escapó de sus labios al ver el cadáver de Haprist. La linterna se escapó de su mano y se rompió contra el suelo.

Estuvo quieto un momento, luego, girando bruscamente, se lanzó hacia la puerta.

En el mismo instante, Morgan encendió su linterna, mucho más potente que la que se había roto, y la enfocó rectamente a la cara del hombre, a la vez que le apuntaba con el revólver.

—¡Quieto, Cross! —ordenó—. ¡No se mueva si no quiere recibir un balazo!

Este se detuvo en seco, cubriéndose los ojos con los brazos, a fin de eludir el violento resplandor de la lámpara.

—¿Quién es usted? —bramó airadamente—. ¿Por qué me amenaza?

—Porque quiero que me diga muchas cosas, todas ellas relacionadas con las muertes de sus socios —exclamó el joven.

—¡Yo no he sido! —protestó Cross con vehemencia—. ¡Le juro que yo no...!

—Sus juramentos no tienen valor alguno —respondió Morgan

fríamente—. ¿Quién se creería que usted no ha tenido intervención alguna en, por lo menos, las muertes de Eackling y de Pennee? ¡Vamos a ver! ¿cuánto dinero pagó usted para que matasen a esos dos sujetos?

—Conmigo se equivoca... Pero, ¿quién diablos es usted? ¿Por qué me acusa de ese modo?

—No soy yo, sino los hechos los que le acusan, Cross. De todas formas, mi nombre poco puede decirle...

—Ahora ya lo sé. Usted es Ellier, el analista.

—Exactamente. Ahora, dígame a qué había venido al mausoleo.

—No hablaré —respondió el sujeto con acento obstinado—. Usted no tiene derecho a formularme ninguna pregunta y no digamos ya a detenerme.

—¿De veras? —rio el joven—. Señor Cross, déjeme que le diga que suelo realizar muchos trabajos de análisis para la fuerza policial, merced a algunos de los cuales se han conseguido brillantes resultados en la detención de más de un peligroso forajido. Como recompensa, he sido nombrado oficial honorario de esa misma fuerza policial, lo cual me da derecho a intervenir en casos de flagrante violación de la Ley. Usted no ha venido aquí a la medianoche, precisamente para rezar por el alma de Merryl, ¿verdad?

—Bueno —rezongó Cross—, estaba buscando la maldita fórmula. Merryl la escondió; no tenía derecho a hacerlo. Nos pertenecía a todos los socios...

—Y usted y su compañero Haprist, después de la muerte de Merryl, decidieron que debía pertenecerles a los dos solos, por lo cual dispusieron lo necesario para que Eackling y Pennee desaparecieran del mundo de los vivos. Una fórmula que puede rendir millones, bien merece la pena correr algunos riesgos, ¿no cree?

—¡Jamás podrán demostrarme nada! —exclamó Cross con energía—. Nunca podrán probar que Haprist y yo tuvimos la menor intervención en esos homicidios.

—No esté tan seguro de ello. La policía, a veces, cuando quiere, obtiene buenos resultados. Y en cuanto a los fiscales, suelen tener la mano tan dura con el inductor como con la persona que ejecuta el crimen. Desgraciadamente, a Haprist ya no podrán hacerle nada, pero yo le aseguro que sobre usted recaerá todo el peso de la Ley... es decir, si continúa con vida.

Cross se sobresaltó.

—¡Qué! ¿Piensa matarme? —chilló.

—Yo, no; pero quizá el asesino a quién contrataron sí lo haga. La patente no está registrada, y cualquiera puede hacerse su dueño una vez la tenga en su poder —respondió Morgan—. Steve Haprist sintió la misma tentación que usted y vino al mausoleo, creyendo que encontraría la

fórmula en las ropas del muerto. ¡Absurdo! ¿Quién iba a guardar un documento semejante en la vestimenta de un cadáver?

—La secretaria de Merryl... —alegó débilmente Cross.

—Se equivoca —dijo Kathy, interviniendo por primera vez—. El señor Merryl me dictó el mensaje en clave, mediante el cual debe hallarse el escondite de la fórmula. Pero yo no la busqué, porque no soy ambiciosa y, segundo, porque cuando aparezca, mi tío Joe Felton, que es su descubridor, percibirá una sustanciosa suma en concepto de porcentaje y me dará todo el dinero que pueda necesitar.

—Entonces, ¿dónde diablos está? —barbotó Cross irritadamente.

—En vez de preguntar por el paradero de la fórmula, sería mejor que usted nos dijese el nombre del sujeto a quién contrataron para llevar a cabo las muertes de Eackling y de Pennee —exclamó Morgan.

—No contestaré —dijo Cross con los labios muy apretados—. Esa es una pregunta que podría incriminarme si la contestase.

—Lo cual —expresó Morgan plácidamente—, significa tanto como una expresión de culpabilidad. Pero si bien es posible que consiga eludir de ese modo la acción de la justicia, no podrá, en cambio, escapar a la ambición del hombre a quién contrataron para cometer los asesinatos. Ese hombre tiene ahora, como intenciones primordiales, las de: Primera, quedarse solo, previo su asesinato, para que no pueda hablar algún día y comprometerle y, segunda, disfrutar de la fórmula, una vez le haya liquidado. Lo hará tan bien, al menos así lo piensa él, que nadie sabrá jamás que es el criminal. Patentará la fórmula y nadará en oro. Incluso puede que contrate a Joe Felton y le pague las regalías correspondientes por dirigir la fabricación de la nueva fibra.

—A veces —dijo Kathy apesadumbrada—, desearía que mi tío no hubiese descubierto esa fibra. Tres personas seguirían con vida y...

—Su tío obró bien —dijo Morgan—. Era su obligación como científico; lo que no podía prever es que el descubrimiento iba a desencadenar una oleada de crímenes. Está bien. Cross, vaya saliendo hacia la puerta; voy a llevarle hasta la Jefatura. Allí contará usted muchas de las cosas que han pasado y, si quiere clemencia para el futuro, nos dirá el nombre del sujeto a quién contrataron. Por supuesto —añadió en tono negligente— yo ya lo sé; aunque me engañó en un principio, acabé por descubrirlo.

Hizo una corta pausa.

—Empleó a unos pistoleros profesionales y estos también hablarán. ¿En qué posición quedará usted cuando se destape todo el pastel, Cross?

El hombre calló durante unos momentos. De repente, cogiendo al joven por sorpresa, arrancó a correr.

Salvó de dos saltos la escalera y salió fuera del mausoleo.

Morgan lanzó una maldición.

—¡Alto! ¡Deténgase, Cross!

No quería tirar contra él; nunca había derramado la sangre de un semejante, y no deseaba hacerlo, a menos que tuviera que defenderse directamente, como cuando Arphad le había tiroteado en el patio de las columnas.

Saltó hacia la escalera. En el mismo instante, retumbaron dos disparos muy seguidos en el exterior.

Sonó un alarido de agonía. A continuación se escuchó el inconfundible ruido de un cuerpo humano al desplomarse al suelo.

—¡Atrás, Kathy! —gritó el joven, temeroso por la suerte de la muchacha—. ¡No se asome! ¡El asesino está ahí afuera y tiene un arma!

La muchacha obedeció en el acto y se quedó quieta. Morgan se tendió sobre los peldaños y asomó los ojos a ras de la puerta.

El cuerpo de Cross yacía en el suelo, hecho un ovillo. Morgan se preguntó cómo había sido capaz el asesino de actuar de una manera tan burda.

Lo vio correr a unos cincuenta metros de distancia. Su silueta se destacaba claramente bajo la luz de la luna.

Era evidente que había estado espiándoles al otro lado de la puerta del mausoleo y que, en el momento en que vio que Cross intentaba escapar, disparó contra él, a fin de eliminar a un posible testigo. Morgan maldijo entre dientes; le resultaba ya imposible darle alcance.

Llegaría al coche antes que él. Por otra parte, no sentía el menor interés en recibir un balazo. Ahora ya sabía quién era y pronto podría hallarle.

—Salga, Kathy —dijo.

La muchacha pasó a unos metros del cadáver de Cross, evitando mirarlo cuidadosamente.

—¿Qué hará ahora, Morgan? —preguntó.

—Capturar al asesino. Dos inocentes murieron por su codicia y por la ambición de otros dos, que pensaron hacerse con la fórmula para ellos solos. Cuando estos le propusieron el plan, no se dieron cuenta de que se enfrentaban con una víbora que luego se volvería en contra de ellos. ¡Vamos!

CAPÍTULO XV

La puerta se abrió, correspondiendo a la llamada. La figura de Jeb Arphad apareció inmediatamente bajo el dintel.

Los ojos de Arphad se dilataron al ver a Morgan frente a él, y también a un par de sujetos desconocidos, pero que no podían sino pertenecer a la policía. “Media Ceja” masculló una interjección y trató de echar mano a la pistola que tenía bajo la chaqueta.

Morgan fue más rápido y le asestó un puñetazo en medio de la frente, que le hizo tambalearse, perdido el control de sí mismo, a la vez que los ojos se le llenaban de lágrimas a consecuencia de la violencia del golpe. Este disminuyó su capacidad de defensa y Morgan pudo despojarle de su pistola con gran facilidad.

A continuación le agarró por las solapas del traje y le puso el cañón de su propia pistola bajo la mandíbula.

—No grites —dijo en voz baja—. Te va la vida en ello.

Arphad palideció horriblemente. Morgan preguntó:

—¿Dónde está?

Arphad movió la cabeza un momento, señalando hacia el interior de la casa. Entonces, el joven le hizo girar a un lado y le arrojó en brazos de los dos policías que le hablan acompañado.

Caminó de puntillas, después de haber comprobado que, efectivamente, la pistola estaba cargada. Cruzó el vestíbulo y, de pronto, se detuvo en seco.

Oyó una tos seca y, a la vez desgarrada, al otro lado de una puerta. Asiendo el pomo con la mano izquierda, abrió de golpe y se precipitó dentro de la habitación.

—No se mueva, Coslar —dijo—. Está perdido, ya no tiene salvación.

Los ojos del asesino le dirigieron una enigmática mirada. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios descoloridos.

Coslar estaba tendido en la cama, vestido, aunque cubierto con una manta. En la mano derecha tenía un pañuelo que aparecía cubierto de manchas rojas.

—Tiene usted razón —dijo—. No tengo salvación.

Morgan frunció el ceño. Las manchas de sangre en el pañuelo eran sintomáticas. Ello le hizo recordar la primera visita que le había hecho Coslar y las quejas que este había hecho sobre sus pulmones.

—Estoy en un grado de tuberculosis avanzada e incurable —manifestó el asesino—. No duraré ni una semana, así que... —sonrió de nuevo—, se ha molestado en buscarme para nada. No llegaré siquiera a sentarme en el

banquillo de los acusados.

Morgan bajó la mano armada.

—Entonces, ¿por qué lo hizo? Sabiendo que su enfermedad no tenía remedio, ¿para qué se esforzó en hallar algo que no le iba a prolongar la vida en absoluto?

Coslar volvió a toser. Su rostro se amorató a causa del esfuerzo. Cuando terminó, su pañuelo aparecía rojo por completo.

Morgan le tiró el suyo. Coslar lo agradeció con desvaída sonrisa.

—Creía que estaba mejor de lo que en realidad me encontraba —dijo—. Pero los esfuerzos de estos últimos días, me han agotado. Especialmente, la carrera de anoche acabó por reventar mis pulmones. Estoy echando sangre desde que llegué.

El joven se sintió profundamente apesadumbrado, no tanto por la inminencia de la muerte de Coslar, como por los asesinatos que había cometido, sacrificando cuatro vidas humanas en aras de una fortuna, que ya no podía servirle de nada.

Oyó pasos. Tras él había un oficial de la policía.

—Usted me confundió, Coslar —dijo el joven—. Llegó a hacerme creer que Merryl estaba vivo.

El asesino sonrió.

—Sobre todo, cuando destapó el féretro y vio que estaba vacío, ¿no es cierto?

—En efecto. No se me ocurrió pensar que podía hallarse en el hueco del túmulo.

—Merryl y yo nos parecíamos bastante, en el aspecto general, claro —confesó Coslar—. Bastaron unos leves retoques de maquillaje en el rostro...

—Y Pennee le confundió con alguien que realmente estaba muerto.

—Sí. Yo... yo hacía todo para que usted se confundiera.

—Incluso contrató a dos rufianes y les ordenó desempeñar una comedia, a fin de hacerme creer que actuaban por orden de Merryl. Parecía comprensible que este quisiera hacerse con el mensaje en clave, dado que su memoria para los números, según datos que poseo, no era muy buena, y de este modo era lógico que no recordase con exactitud el contexto del mensaje que había dictado a la señorita Felton. ¿No era así como usted deducía que yo habría de pensar?

—Sí —musitó Coslar en voz muy baja.

—¿Por qué hizo que Arphad me llevase a la cueva marina?

—¿Es que no lo comprende? —sonrió Coslar—. Tenía que seguir haciéndole creer que Merryl continuaba con vida. Por supuesto, no pensaba matarle...

—Hasta que me hubiese arrancado el texto del mensaje.

Coslar calló. Morgan continuó:

—Cross y Haprist le contrataron como hombre de confianza para

eliminar a los otros dos socios. Pero luego, usted pensó que ellos, al quedar dueños de la empresa, no le darían la parte prometida. Dado que la fórmula no está aún patentada, si usted se hacía con ella, podría obtener una verdadera fortuna.

—Olvidé mis pulmones —sonrió el asesino amargamente—. Además, todos iban por caminos distintos... ¿Qué cree que hacía Eackling en “Villa Flavia”? ¿No le ofreció dinero Pennee por conocer el contenido del mensaje y obtener para sí la fórmula? ¿Qué otra cosa buscaba Haprist en el mausoleo? ¿Y el propio Cross? —Coslar tosió violentamente y volvió a manchar el pañuelo que le había dado el joven—. Merryl tuvo suerte con morirse, así no vio la clase de socios que tenía.

—Él también les defraudó, escondiendo la fórmula —dijo el joven.

—Temía que lo asesinaran. Me lo dijo en cierta ocasión. Su ataque al corazón fue genuino y les ahorró un trabajo a sus socios.

Morgan meneó la cabeza. En cierto modo, la “B. & M”, había sido una sociedad para el crimen, y la fórmula que había descubierto Felton, se había convertido en un estímulo para matar.

Un nuevo y violentísimo acceso de tos convulsionó horriblemente el cuerpo de Coslar. Morgan cerró los ojos un instante.

“Había una justicia divina —pensó—. No se veía, pero se advertían sus efectos. Coslar estaba sometido en aquellos momentos a su acción”.

Bajó la cabeza mientras daba media vuelta.

—Ahí se lo dejo —murmuró, dirigiéndose al policía.

—Muy bien, señor Ellier —contestó el hombre.

Abandonó la casa. Cuando salió, levantó la vista al cielo. No se veía una sola nube.

—¡Uf! —exclamó en aquel momento, uno de los policías uniformados que aguardaban en la puerta de la casa—. ¡Hoy va a caer el sol a plomo!

Morgan miró al agente. Este se sintió incómodo.

—¿Qué le ocurre, señor Ellier? ¿Acaso he dicho algo inconveniente?

—¡No, hombre! —exclamó el joven, muy alegre—. Todo lo contrario —y mientras corría hacia su automóvil, repitió—. ¡Todo lo contrario; ha sido la frase más feliz de su vida, amigo!

★ ★ ★

Faltaban pocos minutos para las doce, cuando Morgan se detuvo ante el nomon, señalándoselo a la muchacha con una mano.

—Ahí tienes el final de la solución —dijo.

—¿El reloj de sol? —preguntó ella, extrañada.

—Así es —la sombra que proyectaba la varilla estaba a punto de confundirse con la línea que señalaba las doce del mediodía—. ¿Recuerdas el final de la frase del mensaje? “...Si añadimos la resultante de la vertical, menos cero seis”. Pero no hay que añadir, en realidad, una cifra a la que

ya obtuvimos, como resultado de las sumas de los números que ya poseíamos, sino “caminar” en determinada dirección, indicada precisamente por esa frase.

Hizo una pausa.

—Puede que sean pasos, puede que sean pies los que haya que contar, pero, en todo caso, solo necesitaremos excavar dos veces. En uno de los dos sitios tiene que hallarse la fórmula.

—Todo eso está muy bien —dijo ella, impaciente—. Pero, ¿qué número es el que resulta de la vertical menos cero seis? ¿Ochenta y cuatro?

—No. Cincuenta y cuatro.

—Eso es absurdo. Noventa grados de la vertical, menos cero seis...

—Tendríamos ochenta y nueve grados, con cuatro décimas, una cifra a todas luces incongruente —atajó él—. La idea me la ha dado uno de los policías al decir que el sol caería hoy a plomo. ¡Esa es la vertical... y recuerda que cuando el sol cae a plomo, es decir, que está en su cénit, son las doce del mediodía! Por lo tanto, es preciso restar cero seis... seis minutos a los sesenta que tiene la hora y caminar, tomando como vértice del ángulo correspondiente, en la dirección a que apunta entonces la aguja minutería, cuando son las once y cincuenta y cuatro minutos. Treinta pasos, treinta pies... ¿qué más da? ¿Comprendes ahora?

Kathy asintió, maravillada.

—Sí, ahora lo entiendo —murmuró.

La fórmula apareció a los treinta pasos, dentro de una caja metálica, impermeabilizada por medio de una funda de plástico, herméticamente cerrada.

Poco después, abierta la caja, Morgan extraía de la misma una libreta con tapas de hule negro, cuyas páginas estaban repletas de cifras y signos químicos.

Suspiró.

—Esta libreta ha costado cuatro vidas —dijo—. Me dan ganas de pegarle fuego.

Kathy le puso la mano encima.

—No —le miró fijamente—. Mi tío lo hizo con la mejor intención del mundo. Él no tiene la culpa de la codicia de los hombres y, destruyendo la libreta, no harías sino causar un perjuicio innecesario a la Humanidad, que es quien, en definitiva, debe recibir los beneficios de la nueva fibra.

Morgan sonrió.

—Tienes razón —dijo. Tomó su brazo y echó a andar hacia la villa—. Ahora tendré que dedicarme de nuevo a mí profesión de analista. Y ya tengo un trabajo muy urgente que realizar.

—Entregar la libreta a los herederos legales de las víctimas —apuntó ella.

—Eso, por supuesto. Pero yo me refería a otra clase de trabajo. Tengo

que analizar las causas por las cuales me conviene pedir tu mano.

Ella se ruborizó intensamente.

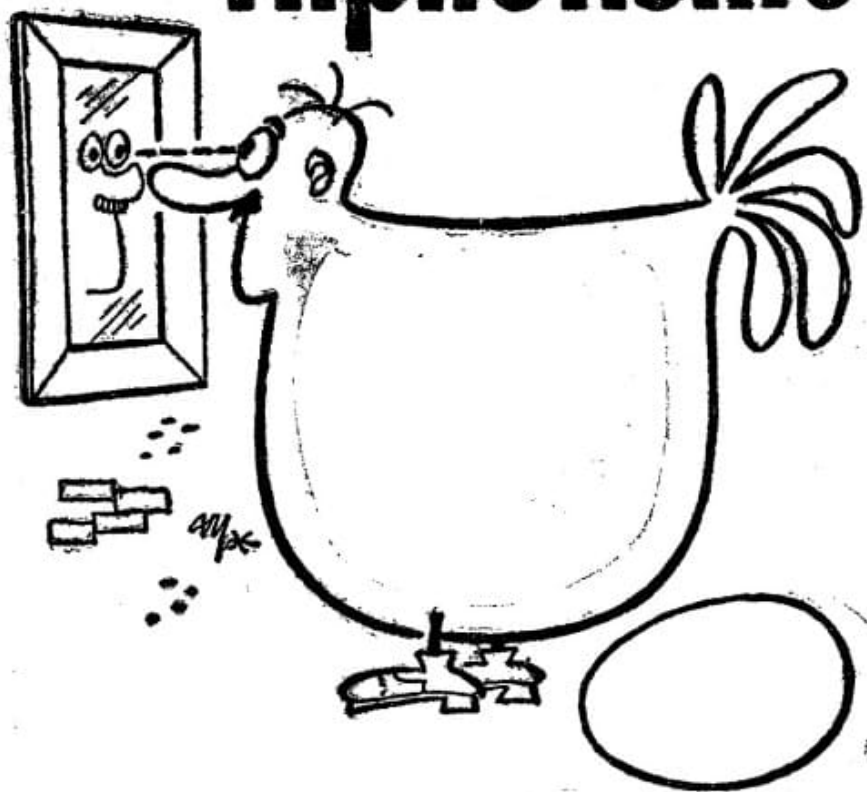
—Me gustaría conocerlas —dijo.

—Muy bien. Ahí van: La primera es que te quiero; la segunda, es que guisas muy bien; la tercera, es que te quiero; la cuarta, es que eres una chica muy linda; la quinta es que te quiero...

—¡Basta! —cortó ella, colgándose súbitamente de su cuello—. ¡Esa es la única razón que me interesa, Morgan!

FIN

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS

Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.



colección

MARABU ZAS



4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

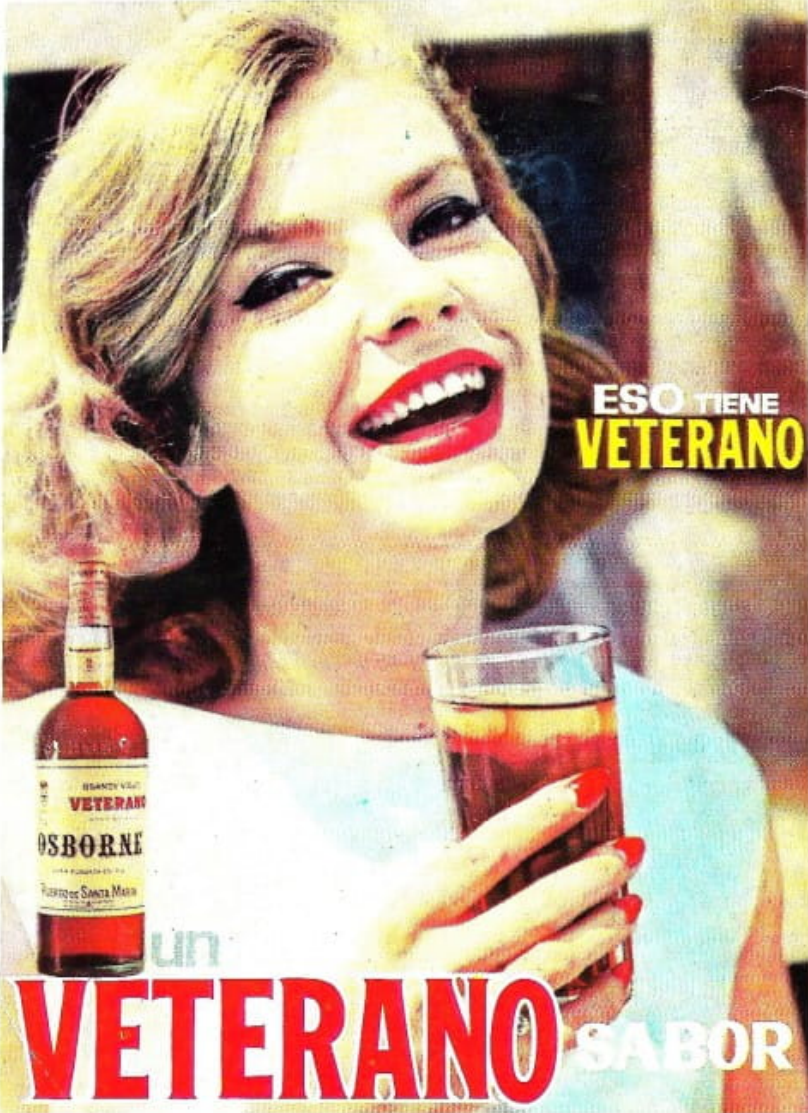
Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**





**ESO TIENE
VETERANO**

OSBORNE
VETERANO
PUNTA DE SANTA MARÍA

VETERANO SAVOR



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. + Impreso en España - Printed in Spain